

# LOS ÚLTIMOS QUE QUEDAN

RESCATE DEL PATRIMONIO VIVO DEL RÍO BUENO







# LOS ÚLTIMOS QUE QUEDAN

## RESCATE DEL PATRIMONIO VIVO DEL RÍO BUENO

*Los últimos que quedan: Rescate del patrimonio vivo del Río Bueno*  
 © Comité Adulto Mayor Renaciendo, Río Bueno.  
 Primera edición de 50 ejemplares: diciembre de 2023  
 Registro de Propiedad Intelectual n° 2013-A-12077

### Participantes del proyecto:

- Sergio Rodríguez Huenchuguala (*De caballos y otras yerbas*)
- Irma del Rosario Molina Mancilla (*La tía Irma, un canto a la vida*)
- Pedro González Delgado (*El talabartero feliz*)
- Juan Carlos Pafián Illescas (*A puro ñeque*)
- Robinson Soto Pardo (*El mercader de nostalgias*)
- Geraldina Isabel Delgado Soto (*La suplementera romántica*)
- Dalmiro Samuel Ríos Fuentealba (*Un tapicero singular*)
- Haydee del Carmen Colihuinca Filcún (*Una melancolía tan personal*)
- Jorge Hernán Ojeda Sanhueza (*Míster postman*)
- Alfonso Rojel Norambuena (*¿Gepetto en Macondo?*)

### Equipo ejecutor:

Daniela Muñoz Oyarzún, gestora y coordinadora  
 Camilo Rodríguez Saldaña, antropólogo  
 Iván Espinoza Riesco, escritor  
 Cristian Arriagada Arriagada, diseñador gráfico, arte

*Fotografías: Daniela Muñoz Oyarzún, Primera lectora: Carla Sandoval López.*  
*Agradecimientos especiales a Myriam Ramírez Ulloa, presidenta del Comité*  
*Adulto Mayor Renaciendo de Río Bueno.*

*Impreso en Chile. Printed in Chile*  
 Imp. América Ltda. Av. Ramón Picarte, 1109 Valdivia. F: (63) 24 41 60

*Todos los derechos reservados*

*Prohibida la reproducción parcial o total de las características gráficas y contenido de este libro sin la autorización expresa de los titulares de la edición.*

*"Los últimos que quedan: Rescate del patrimonio vivo del Río Bueno", Proyecto financiado con subvención otorgada por el Gobierno Regional de los Ríos y el Consejo Regional de Los Ríos.*

# ÍNDICE

Introducción Los Últimos que quedan	07
Prólogo Renaciendo	08
Introducción Antropológica	09
<i>Don Sergio Rodríguez Huenchuguala</i>	13
<i>Señora Irma del Rosario Molina Mancilla</i>	15
<i>Don Pedro Delgado González</i>	17
<i>Don Juan Carlos Pafian Illesca</i>	19
<i>Don Robinson Soto Pardo</i>	21
<i>Señora Geraldina Isabel Delgado Soto</i>	23
<i>Don Dalmiro Samuel Ríos Fuentealba</i>	25
<i>Señora Haydee del Carmen Colihuinca Filcun</i>	27
<i>Don Jorge Hernán Ojeda Sanhueza</i>	29
<i>Don Alfonso Rojel Norambuena</i>	31
La visión de un escritor	33
<i>De caballos y otras yerbas</i>	34
<i>La tía Irma, un canto a la vida</i>	39
<i>El talabartero feliz</i>	43
<i>A puro ñeque</i>	48
<i>El mercader de nostalgias</i>	53
<i>La suplementera romántica</i>	57
<i>Un tapicero singular</i>	62
<i>Una melancolía tan personal</i>	66
<i>Mister Postman</i>	71
<i>¿Gepetto en Macondo?</i>	76
Renaciendo	80

# 07

## INTRODUCCIÓN

### DANIELA MUÑOZ OYARZÚN

“Los últimos que quedan: Rescate del patrimonio vivo del Río Bueno”, es un texto amigable que nos invita a adentrarnos en diez historias de vida de personas mayores que han realizado un esmerado y sincero aporte a la comuna de Río Bueno desde sus saberes tradicionales (“actualmente no tan tradicionales”) y conocimientos, los cuales pasan a formar parte del patrimonio inmaterial de nuestro territorio. Este trabajo está dedicado a todas aquellas personas que desde sus haceres resisten al paso del tiempo y siguen desarrollando -en sus respectivos barrios y sectores- sus prácticas silenciosamente. Este texto nace con la finalidad de reivindicar sus oficios o competencias y ponerlas en valor ante la comunidad en general. El patrimonio inmaterial, se comprende no solo como prácticas y saberes heredados y transformadas que viajan a través del tiempo, también comprende aquello inasible, el conocimiento cargado de experiencia que se moldea desde la experiencia vívida de sus gestantes, en este caso nuestros entrevistados/as. De acuerdo a la UNESCO, el patrimonio inmaterial es: tradicional, contemporáneo y viviente al mismo tiempo, integrador,

representativo y basado en la comunidad y lo señala como “un factor del mantenimiento de la diversidad cultural frente a la creciente globalización”.

Con este trabajo, se pretende - entre un rico universo local de personas que siguen aportando desde sus saberes y haceres en dotar de una singularidad e identidad propia a Río Bueno- destacar, reconocer y poner en valor a nuestra propia gente: al talabartero, al domador de caballos, a la suplementera, a la educadora intercultural, al anticuario, a la maestra normalista, al artesano en fierros, al fletero tricicletero, al cartero y al tapicero, como un acto de reconocimiento en vida y un ejercicio de memoria para su trascendencia a través del tiempo.

Agradecemos a las entidades que aportaron en la gesta y desarrollo de este trabajo, especialmente al Gobierno Regional de Los Ríos, Comité Adulto Mayor Renaciendo, I. Municipalidad de Río Bueno a través de su Oficina de Patrimonio e Identidad, al equipo investigador: Iván Espinoza Riesco (escritor), Camilo Rodríguez Saldaña (antropólogo) y Cristian Arriagada Arriagada (diseñador gráfico) y, sobre todo, a las diez personas que accedieron en regalarnos momentos de sus experiencias de vida.

**DANIELA MUÑOZ OYARZÚN**

*Encargada*

*Oficina de Patrimonio e Identidad Ilustre*

*Municipalidad de Río Bueno*

## 08 PRÓLOGO

**MYRIAM RAMÍREZ ULLOA**

COMITÉ ADULTO MAYOR  
RENACIENDO

8 El Comité Adulto Mayor Renaciendo de la comuna de Río Bueno, fue fundado el 4 de diciembre del año 2017. Su primer objetivo fue agrupar a personas que llegaron a la tercera edad con el propósito de compartir y crear lazos afectivos entre ellos y a su vez fomentar la sociabilización con sus pares, buscando redes de apoyo para ir en ayuda de aquellos adultos mayores que viven solos y no tienen familiares a quienes acudir. Junto con ello el comité realiza campañas de acción social, como el prestar ayuda en pañales y artículos de aseo personal a quienes lo necesiten. En la actualidad prestamos asistencia a siete adultos mayores postrados. Otra de las preocupaciones de nuestra agrupación es que nuestros socios mantengan su mente ocupada en actividades didácticas, manuales, culturales y/o creativas con la finalidad de estimular sus capacidades motrices y cognitivas que les permitan un mejor desarrollo en su quehacer cotidiano manteniendo así su autovalencia e inserción en distintos ámbitos.

Buscando una proyección y ampliación a nuestras inquietudes este año hemos querido postular a un proyecto patrimonial, en el área de patrimonio vivo, a través de la oficina del Patrimonio de la I. Municipalidad de Río Bueno, con la ayuda generosa y desinteresada de su encargada, la señora Daniela Muñoz Oyarzún, con el objeto de reconocer a adultos mayores de nuestra comuna que realizan oficios que se han ido extinguiendo a través de los años.

El proyecto va enfocado a la publicación de un libro, que se titulara “Los últimos que quedan”, donde se dejarán estampadas, con una perspectiva antropológica y una visión literaria, las vivencias y oficios de diez personas de la tercera edad que consideramos “patrimonio vivo” de nuestra comuna, y que creemos que es justo homenajear y poner en valor porque desde jóvenes han realizado este oficio y lo siguen haciendo en la actualidad, y en donde cada uno ha aportado con lo suyo para el engrandecimiento de nuestra comuna, y por ende de nuestro país, porque nuestra visión como comité es de acción social y cultural.

**Myriam Ramírez Ulloa**

*Presidenta*

*Comité Adulto Mayor Renaciendo*

## 09

CAMILO RODRÍGUEZ SALDAÑA

## INTRODUCCIÓN ANTROPOLÓGICA

*A propósito de Patrimonio, Memoria e Identidad.*

Las entrevistas aquí presentadas son testimonio palpable de cómo las experiencias de vida de las personas van moldeando una identidad particular en torno a un quehacer específico, ya sea oficio, profesión, artesanía o emprendimiento. Identidad que resulta -a la vez- constitutiva del patrimonio cultural, tanto individual como colectivo. Es decir, estas experiencias determinantes van generando un cúmulo de prácticas y saberes que terminan por incidir tanto en la autovaloración, como en la manera en que un individuo es percibido por su comunidad. Aquí precisamente radica la importancia de poner en valor dichas experiencias.

En base a lo anterior, es posible apreciar el carácter dinámico de la construcción patrimonial, ya que el patrimonio como concepto no consiste solamente en prácticas, lugares y objetos anclados en el pasado, sino, que puede ser una suerte de producción diaria, donde su característica fundamental es la importancia que las propias personas atribuyen a sus prácticas, lugares, objetos, etc., y cómo estos influyen en su vida social. En este dinamismo, claramente la memoria -como recuento de la experiencia de vida y la identidad- construida en base a esa experiencia es pieza clave para la construcción patrimonial, por lo tanto, el patrimonio se puede entender como un ejercicio de apoyarse en el pasado para tener una perspectiva más amplia del presente, e igualmente proyectar un devenir futuro.

Así, el trabajo aquí realizado, consiste en la recolección de diez experiencias individuales para dar cuenta de la identidad particular de cada una de las personas entrevistadas, con la intención de adentrarse en sus historias de vida, y cómo estas se entrelazan, y a su vez imponen un sello distintivo a la identidad comunal de Río Bueno. Es en este tránsito, de lo individual a lo colectivo, donde aparece la dimensión social del patrimonio, que sería una suerte de mapa donde las experiencias individuales confluyen y se entremezclan para otorgar un carácter propio y distintivo a un grupo social en particular. Se refuerza de esta manera, el sentido de pertenencia a la comunidad y queda de manifiesto la importancia del rol que cada persona desempeña dentro de ella. Así, el relevar una experiencia de vida en particular tiene la facultad de otorgar voz a aquellas personas que no han tenido la oportunidad de expresar el porqué de su modo de vida, y por lo tanto, genera un intercambio enriquecedor -tanto para los entrevistados, como para aquellas personas que realizan la investigación- puesto que se es testigo de primera fuente de cómo la gente -al tener la oportunidad de compartir sus historias- nutre la historia local en un ejercicio, que, por una parte, empodera al individuo y por otra aumenta el sustento identitario de una comunidad al permitir conocer más profundamente a la gente que la compone y la labor que en la misma realizan. Esto obviamente merece una

difusión adecuada para reforzar el carácter de experiencia colectiva, y dinamizar la memoria local, ampliando en conjunto la mirada al integrar el punto de vista de aquellos que han vivido y trabajado por el desarrollo de la ciudad de Río Bueno.

En cuanto al concepto de memoria, como ya se ha planteado anteriormente, es un rasgo fundamental para poder emprender la tarea del conocimiento de una comunidad. Ella está constituida por las historias de cada individuo que la compone y no solo las de aquellos - generalmente considerados como históricamente relevantes- es decir, fundadores, alcaldes, autoridades políticas, etc. De tal modo, el acercarse a personas que han vivido en la ciudad de Río Bueno desempeñando diversas labores en el ámbito de la artesanía, educación y servicios públicos, nos ofrece una perspectiva particular de cómo se desarrolla la vida local -y en este caso específico, al tratarse de gente de la tercera edad- dicha experiencia cobra aún más relevancia al vincular el pasado con la cotidianidad actual de la comuna. Por tanto, esta experiencia es a todas luces relevante en cuanto a su carácter, no solamente preservacionista - en el sentido de dar valor a una actividad o conocimiento determinado- sino, que por el rasgo inclusivo que conlleva el trabajar conjuntamente con personas de este grupo etario, las que comúnmente se sienten dejadas de lado, o perciben que su mirada no es considerada como relevante en la sociedad

actual. Cuando, muy por el contrario, las historias de vida, sobre todo de la tercera edad, son pilares fundamentales para entender la realidad social en cualquier grupo humano. Además, cabe poner de relieve, que todo ejercicio de recolección de memoria resulta útil en el sentido de permitir el avance y la mayor comprensión de las dinámicas de una comunidad.

En resumen, la preservación y difusión de la memoria están estrechamente relacionadas, por ende, el modo más adecuado de preservar la memoria comunal es difundir los conocimientos y actividades de sus propios habitantes. En nuestro caso, dicha difusión abre la posibilidad de que la población local se sienta identificada con los testimonios aquí presentados, ya que corresponden a la vida de sus vecinos, contando en sus propias palabras cómo fue y sigue siendo habitar la ciudad de Río Bueno, y cómo sus quehaceres dan cuenta de la diversidad de elementos que conforman el patrimonio local, lo que refuerza el sentimiento de pertenencia y distinción de la comuna.

El presente trabajo permite, por tanto, ser testigos y reflexionar sobre las dinámicas sociales que se dan en Río Bueno, ya que muestra la interacción de los entrevistados con las demás personas de su comunidad y, cómo, producto de esta interacción, se va generando un espacio para el intercambio de conocimientos y prácticas que otorgan, por un lado, un carácter distintivo a la comuna,

y por otro, dan cuenta de la diversidad social presente en la ciudad.

Finalmente, las experiencias de vida siempre remiten a una identidad individual, vale decir, que cada persona da cuenta de una forma particular de ver su quehacer, en base a los significados que cada uno atribuye a las actividades que desempeña. Dichos significados están vinculados principalmente al contexto social: donde las personas se desarrollaron, la educación recibida, las motivaciones para emprender cierta actividad, etc. Y en este sentido, cada quien interpreta su rol en la comunidad de acuerdo a la percepción que tiene de sí mismo, y cómo siente que es percibido por los demás. Si bien, es interesante y necesario el comprender la configuración cultural colectiva de un grupo, la perspectiva individual es fundamental ya que permite conocer la realidad de las personas en sus propios términos, y el sentido que cada uno otorga a la experiencia de pertenecer a una comunidad en particular.

Esta identificación individual es lo que permite generar experiencias de valor patrimonial, que puedan ser compartidas por el colectivo, ya que se remite a los elementos que la misma gente considera dignos de ser destacados como relevantes en su experiencia de vida y, en consecuencia, socialmente significativos para el entorno local.

12

# 13

ENTREVISTA

*DON SERGIO RODRÍGUEZ HUENCHUGUALA*

## AMANSADOR DE CABALLOS CARRETONEROS



13

Yo de niño empecé a trabajar con caballos, porque mi papá tenía caballos de carrera y tenía un potro que se llamaba "El Payador", entonces de ahí me gustaron los caballos, y seguí con los caballos cuando estaba en el colegio. Primero me gustaba herrar, y después

empecé a amansar con mis hermanas, que en paz descansan las dos. En la escuela, me decían: el "Potro Rodríguez", porque sabían que mi papá tenía caballos, entonces decían ahí viene "el Potro" y se morían de risa.

¿Usted aprendió de su papá a amansar?

Sí, de mi papá aprendí a amansar y a herrar caballos, así que ahí la gocé toda mi vida. Seguí estudiando hasta segundo medio. Mis hermanas, las dos fueron profesoras y mi papá me decía: “¿Tú qué vas a hacer?”.

“Tienes que ser agente de banco”, yo le respondía: “¿del banco de la plaza o del aserradero?”, y me ofrecían varillazos.

¿Usted toda la vida se ha dedicado a los caballos?

Toda la vida, desde chico, al caballo uno tiene que darle cariño.

¿Alguna vez le han hecho algún reconocimiento por su trabajo?

Los patrones sí, estaban agradecidos porque yo les enseñaba a sus niñitos. A unos alemancitos que había en Puerto Varas, les enseñé a andar a caballo y todo.

¿A usted le gustaría que alguien de su familia siguiera con su trabajo?

No, así se herraba antes. Cuando el caballo era mañoso había tres sujetando, y yo empecé a convencerme que no era así, que había que darle cariño al caballo, porque, si tú le pegas una vez, el caballo no quiere más guerra contigo. Yo a un nieto le regalé un caballo y le pegó porque andando lo pasó a botar, la cosa es que después el caballo lo veía y

arrancaba, hasta que tuvo que venderlo.

¿Usted cuando empezó a dedicarse a los carretones?

Yo empecé en el año cincuenta y nueve, a mi mamá yo le armé un carretón, porque en ese tiempo íbamos a hacer chicha de Cudico a La Unión, donde Marcelo Mendoza, en carreta; llevamos a veces doce carretas de manzanas, entonces yo le dije: “mamá, voy a juntar plata y voy a amansar un caballo para carretón y vamos a andar en carretón”, después todos me copiaron la idea.

¿Usted les enseñó a sus hijos?

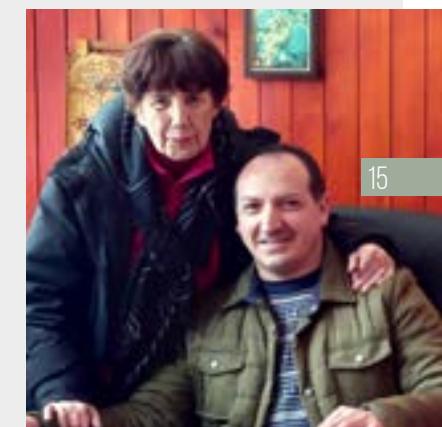
Sí, ellos hicieron plata. A veces amansaba de a seis caballos, entonces les pagaba primero -en esos tiempos- veinticinco lucas a cada uno, y agarraban la plata, me ayudaban uno o dos días, y después nos vemos. En todo caso, los dos primeros días son los difíciles.

# 15

ENTREVISTA

IRMA DEL ROSARIO MOLINA MANCILLA

## PROFESORA NORMALISTA, FORMADORA DE COROS INFANTILES



14

Mi nombre es Irma Molina, soy unionina, no ríobuenina, nací en La Unión.

¿Cuándo comenzó usted a desempeñarse como profesora?

En el año sesenta y dos, al egresar de la escuela normal de Valdivia.

15

¿El motivo por el que usted decidió permanecer en Río Bueno fue por trabajo?

Claro, como profesora; siempre a los profesores, cuando egresaban de la escuela normal, que yo era de la escuela normal, nos enviaban unos tres años a un sector rural. Yo

llegué primero a una escuela muy pequeña en el sector de Pitriuco (Lago Ranco), que era un sector indígena, la mayoría de la gente tenía apellido indígena, y era una escuela pequeña donde había tres profesores. Pero yo estuve poco tiempo, porque me había enfermado, me resfrié fuerte y se me complicó un poco más, entonces como nosotros teníamos mucha dificultad para viajar a nuestras casas -ya que no había movilización- un bus nos dejaba en un cruce, que se llamaba la "Pata de Gallo", y los fines de semana nos tenían que ir a dejar a una parte más cercana para tomar el tren. Así que, como yo vivía en La Unión, tenía dificultad para viajar los fines de semana, por eso pedí mi traslado, alcancé a estar un año y medio.

¿En este sentido usted siente que su trabajo ha sido retribuido por la comunidad, por los lugares donde ha estado?

Sí, es que ¿sabes una cosa?, no solamente el apoderado, el niño que aprende siente una alegría tan grande, y un cariño que es recíproco -por ejemplo- al saber que aprendió a leer. La verdad de las cosas es que el niño que aprende se siente feliz.

¿Actualmente qué labor desempeña en Río Bueno?

Mira, yo después de seis años de empezar a trabajar me vine a Río Bueno, a la escuela Patricio Lynch, y cuando jubilé de la escuela Patricio Lynch, ahí fue que nació un sueño para mí. Yo sentía que podía hacer tan-

tas cosas todavía, me daba cuenta que había profesores que jubilaban y se quedaban en la casa, ya no salían, y yo no quería eso para mí, yo quería hacer muchas cosas. Todo lo que no me gustaba - y que pasaba en una escuela- yo decía: "no, esto no me gusta", y yo quería hacer algo, como tenía un buen pasar y tenía ayuda de mi esposo, me pregunté: ¿qué hago? Había pensado poner un parque de los recuerdos, y después decía: "no, esto no me gusta", después pensé en una casa de reposo, pero en el fondo de mí pensaba en una escuela, aunque lo encontraba tan... como imposible, pero yo quería hacer cosas, y hacer lo que no había podido lograr en otra escuela.

¿De dónde viene este interés por la pedagogía, es tradición en su familia o un interés propio?

No, no es tradición, también tengo una hermana que es profesora, sí. Yo cuando era chiquitita mi deseo era estudiar medicina, pero no tenía los medios. Entonces, era como un deseo mío buscar algo donde yo tuviera que servir, en ese sentido ojalá ser asistente social, o profesora o médico, eran las tres cosas que me gustaban.

# 17

ENTREVISTA  
PEDRO DELGADO GONZÁLEZ  
TALABARTERO



¿Usted cómo aprendió a trabajar en esto, por tradición familiar?

Sí, por herencia de mi viejo, de mi padre, nací con él ahí, con los cueros.

¿Hace cuánto tiempo se dedica usted a trabajar el cuero?

Como sesenta años.

¿Usted siente que ha sido retribuido su trabajo en Río Bueno?

Un poco no más, un poco, no mucho.

¿Ha tenido algún tipo de reconocimiento?

A ver, muy poco también, Río Bueno aquí es Río Bueno, no más ¿no cierto?

¿Entonces usted funciona con clientes externos principalmente?

Exactamente, de fuera.

¿Cuál es el principal aporte que siente que ha realizado con su trabajo a la cultura de Río Bueno?

Yo creo que sí, un aporte para Río Bueno, porque somos escasos ya.

¿Siempre se dedicó a lo mismo o tuvo otros trabajos antes?

Tuve un lapso de taxista, y de ahí retomé mi pega.

¿A usted siempre le gustó esto, siempre le llamó la atención?

Sipo, lo hago con cariño.

¿Usted me decía que aprendió de su papá, y su padre aprendió de su padre también?

No, solo, pescaba una cuestión, una montura y la desarmaba y la armaba, y ahí aprendió... casi solo digamos.

¿Diría que su trabajo es parte importante de la identidad de Río Bueno?

Yo creo ahora, ahora.

¿Usted nació acá en Río Bueno?

Sí, en Ponhuipa.

¿Por qué decidió quedarse en Río Bueno y no estar en otra ciudad?

Es que aquí me vine yo de cabro chico, casi a trabajar, y me quedé aquí. Y mis viejos los traje también para acá, del campo acá. Después murieron los dos viejos, les di buena sepultura, y ahí decidí vender, dije: "quiero un espacio más grande", porque las poblaciones son sin sitio, tan encerradas. Y aquí tengo una vista espectacular ahora, estoy como diez

años aquí ya.

¿A qué edad empezó a trabajar usted? Entre los seis y los siete años empecé.

¿Me puede contar lo que hacía al principio?

Mi padre me dijo: "Ya, de aquí pa' adelante vas a empezar a costurar, y con un tranqueador (soporte de madera para el cuero) aquí vas a aprender a coser primero" me decía, lo dejaba marcado (el cuero) para poder empezar. Ahí partí, y no paré nunca más de hacer la pega. Me vine aquí a Río Bueno -y casi no sabía nada- donde "Monsalve", a la talabartería, como se dice "a los leones altiro". Yo sabía apenas costurar, y todo lo que sé lo aprendí casi solo también. Empeño de uno, porque a uno le gustaba.

¿A usted le gustaría que permaneciera su oficio en su familia, que perdure en el tiempo?

Yo creo que ojalá, que siga, ojalá, eso depende de ellos.

¿Entonces usted me diría que se siente satisfecho con su trabajo, con lo que ha logrado?

Totalmente satisfecho hasta la fecha.

¿Algo más que le gustaría agregar?

Aquí yo soy casi completo, porque hay talabarteros que son puros rienderos o puros montureros, pero yo le hago a todo un poco, llega una montura, llega una rienda, colchar un lazo que nadie lo hace ya, yo lo hago.

# 19

ENTREVISTA

JUAN CARLOS PAFIAN ILLESCA

## FLETERO EN TRICICLO



Mi nombre es Juan Carlos Pafian Illesca, soy de Río Bueno, nacido en La Unión. Bueno, yo llegué muy joven al terminal de Río Bueno, tenía diecisiete años. Llegué como ayudante frutero, vendía frutas en la calle, vendía cebollas y fruta para una señora mayor que yo, y que me ofreció trabajo para poder sustentarme, porque la vida en esos años era muy difí-

cil.

¿Usted siempre vivió en Río Bueno?

Nosotros éramos del sector rural de Vivanco, Río Bueno, mi mamá trabajó muchos años en el telégrafo comercial, donde se desempeñó hasta cuando llegó la tecnología y el telégrafo se dejó de lado. Antes, el telégrafo comercial era fácil de usar, entonces las perso-

nas que sabían descifrar las palabras podían usarlo y ella las descifraba muy bien, aunque no tenía estudios. Así, una vez que dejó de trabajar en el telégrafo tuvimos que venirnos a Río Bueno.

¿Usted cómo empezó con el triciclo?

Bueno, mi historia fue chistosa porque yo estuve cinco años trabajando donde esa señora que me dio estabilidad laboral; bueno, yo estudié hasta quinto básico y de ahí llegué a trabajar en la calle. A los veintidós años -una vez que dejé de trabajar como ayudante de frutero, buscando lo que hubiera por ahí- llegué al “Molino Central”, y un amigo me prestó el triciclo con el que empecé a trabajar y hacerme conocido, a armarme el ambiente como persona y que la gente supiera que yo era fletero.

¿Usted siente que su trabajo es importante para la gente?

Sí, realmente hubo mucha gente que conocí, gente que me apoyaba y siempre me aconsejaba, me decían: “tú, Carlos, así como eres vas para arriba”, así me empezaron a preguntar cómo me llamaba, y a todos yo les respondía que “Carlos Illesca”, entonces desde los veintitrés hasta ahora -a mis casi cincuenta y ocho años- todos me conocen por Carlos Illesca.

¿Y por qué Carlos Illesca?

Ese nombre fue porque mi mamá se llamaba Margarita Illesca, y como ella nos crío entonces fuimos Illesca de apellido.

¿Usted está contento con su trabajo?

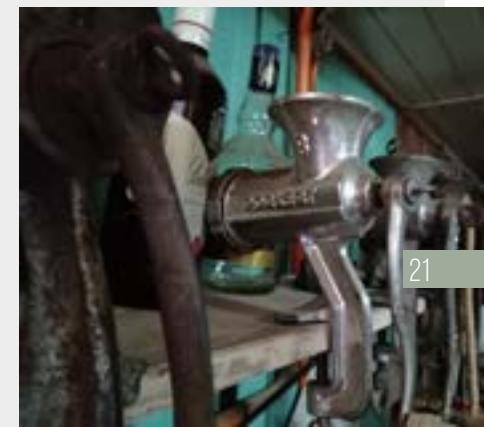
Sí, estoy contento porque realmente con mi señora empezamos de la nada, empezamos viviendo como allegados con mi hija en dos piececitas chicas, donde teníamos una mesa, una cama y no teníamos nada más, así empezamos a trabajar tratando de salir adelante, y lo logramos.

¿Usted diría que su trabajo le da un sello a Río Bueno, que es importante para la identidad de la comuna?

Claro, es importante, porque yo trabajo con mucha gente de campo, entonces ellos hacen su pedido por teléfono y yo se los voy a dejar al bus, de repente envían la plata o si no me dicen, por ejemplo: “yo voy todos los días once a Río Bueno, ahí te busco y te pago”, se da esa confianza, entonces yo no estoy disconforme con mi trabajo, porque me ha ido bien, y gracias a Dios tenemos la casa que la hice con mis propias manos.

# 21

ENTREVISTA  
ROBINSON SOTO PARDO  
ANTICUARIO



Mi nombre es Robinson Soto Pardo, y soy dueño de una casa de antigüedades, aquí en calle Camilo Henríquez número seiscientos; esta tienda está desde el año dos mil dos.

¿Usted siempre fue de Río Bueno?

No, mire, yo comencé el año sesenta y uno a trabajar en el banco, tenía dieciocho años, fue en el Banco Osorno, ahí donde está

Cooprel. Estuve cinco años acá, y después me fui a Ancud donde estuve cinco años más, de Ancud me fui a Antofagasta cinco años más, y después a Temuco, y después a Lautaro y ahí jubilé, siempre trabajando en el Banco Osorno.

¿Usted por qué empezó a dedicarse a

esto de las antigüedades?

Empecé por descarte, porque tenía aquí otro negocio que era de ropa americana, después tuve frutos secos, tenía también abonos para la agricultura. Pero después proliferaron tanto estos negocios que ya no eran rentables. Por lo tanto, escogí por casualidad este negocio de las antigüedades por una razón, bueno, yo he viajado por Europa y especialmente en España, vi que se trabajaba mucho la antigüedad, así que decidí instalarme porque la gente venía y me decía: “¿sabe?, yo tengo esto que no ocupo y esta botado allá”, y yo les decía: “traígalo”.

¿De dónde obtiene principalmente su mercadería?

De primera yo iba a buscarla, porque aquí venían y me decían: “vaya usted, porque allá hay un montón de cosas y deme lo que sea”, entonces yo llegaba y le ponían tremendos precios, “que no, que me fijé en mercado libre”, entonces yo les decía “ya, hasta luego, véndala por ahí, para qué me la ofrece a mí”. Actualmente me ofrecen acá, ahora yo al que quiero le compro o lo que me gusta, ya estoy más exquisito, más selectivo.

¿Usted podría decir que está contento con su trabajo?

Sí, sabe que para mí no es un trabajo, no, por ningún motivo, porque cuando es su trabajo usted sale cansado, se preocupa porque ya tiene que abrir, lo mantiene con preocupación y a mí no me preocupa si vendo o no

vendo, para mí es igual, y eso me da tranquilidad, porque si yo estuviera obligado a vender para subsistir sería distinto, no tendría este negocio para empezar, por lo mismo han ido cerrando tiendas en Osorno y Puerto Varas, por ejemplo. Este local tiene más de cien metros cuadrados, o sea, lo que yo tengo aquí es harto, así que con esto uno se mantiene apto en el sentido de que mentalmente uno está bien, porque yo sé dónde está cada cosa. Así que, ojalá que las personas al jubilar buscaran algo que los mantuviera despiertos porque la televisión y las noticias no son un aporte.

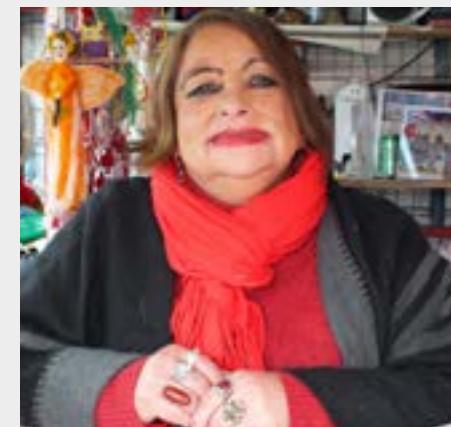
¿Entonces este local es de los pocos o el único que existe en la Región de los Ríos?

El único en la Región de los Ríos, en la Región de Los Lagos había uno más -en Puerto Varas- que no sé si aún está abierto. Es que es complicado este rubro, por ejemplo, llama alguien y dice: “sabe que quiero ver las antigüedades”, y las ve y dice: ¡Ah!, no tiene lo que ando buscando... Es complicado, y hay que tener genio y paciencia para esto.

# 23

ENTREVISTA  
GERALDINA ISABEL DELGADO SOTO

## SUPLEMENTERA



Yo soy Geraldina Delgado Soto, soy de acá de Río Bueno, nacida y criada en esta ciudad.

¿Cómo empezó a trabajar en esto?

Yo, después de muchos años de ausencia de la ciudad de Río Bueno me hice cargo del negocio desde que mi papá falleció, ya llevo diez años a cargo.

¿Entonces esto es una suerte de tradición familiar?

Justamente.

¿Cuál cree que es el principal aporte con el kiosco a la ciudad?

Mira, en primer lugar, es trayectoria, porque mi papá -Efraín Segundo Delgado Fernández- hace cincuenta y cinco años que

fundó esto; él fue uno de los pioneros de la ciudad de Río Bueno y La Unión. Entonces para mí es un orgullo seguir con su trayectoria y aportar un poquito de cultura a través de los diarios.

¿Usted siente que es retribuido su trabajo acá en Río Bueno?

De repente no, viste... pero sigo apegando, esto, en el sentido de las ventas que han bajado mucho, pero antes sí era bien remunerado, porque muchas personas pasaron por acá -incluso profesionales han pasado por este local, y han trabajado acá cuando eran chiquitos- después ellos pasan y saludan, y se acuerdan que yo estoy donde mismo.

¿Piensa que este trabajo es relevante para la identidad riobuenina, que es una parte importante de la ciudad?

Sí, porque como te digo hay historia, cultiva un poco de historia de Río Bueno.

¿Por qué decidió permanecer en Río Bueno?

Por mantener lo de mi papá, soy demasiado sensible a las cosas que dejan algo a uno, y yo, para no perder lo que mi papá formó, lo estoy manteniendo aún.

¿Me podría contar cómo empezó su papá con el tema del Kiosco?

Es que yo era muy chiquitita en ese tiempo, tendría unos siete años -y él- su sueño era este, tener su kiosco y trabajarlo. Él vino con esa idea de Santiago, él era enferrador en Santiago, vino con ese proyecto y lo hizo, lo

logró, pero lamentablemente falleció y -como le decía anteriormente- no quise perder lo que a él le había costado, el legado familiar.

¿Algo más que quisiera agregar?

Que podamos seguir, usted sabe que los diarios ya han dejado de circular momentáneamente por la internet, ya no se vende como se vendía antes, pero uno obtiene un poco de cultura leyendo.

¿Acá los autores locales vienen con sus libros?

Sí, ha venido don Roberto Cano, que escribió "La peor de todas las noches"; el señor Eduardo Araneda, también con la historia del señor Armando Sandoval; y la señora Norma Baldovino que me trajo su libro que está ahí, en la vitrina. Así que han venido, y gracias a Dios he logrado vender sus libros también, es un punto de exposición, porque acá pasa gente para allá y para acá.

# 25

ENTREVISTA  
DALMIRO SAMUEL RÍOS FUENTEALBA  
TAPICERO



Yo soy Dalmiro Ríos, nacido y criado aquí en la ciudad de Río Bueno, dirigente deportivo, he pasado por lo social también y gremial. Yo estudié en el liceo de Río Bueno, hasta en ese tiempo sexto de humanidades, posteriormente hice cursos en la escuela normal de La Unión, de la cual soy egresado solamente de profesor de educación general

básica y no tuve vocación. Entonces hice un curso de oficial administrativo de correos y telégrafos, en lo cual trabajé varios años; durante todos esos años fui deportista seleccionado infantil, juvenil, adulto y senior, en mi cargo de oficial administrativo de correos y telégrafos estuve trabajando en Carahue y posteriormente acá en Río Bueno.

¿Cómo empezó con la tapicería?

Yo me dediqué a la tapicería desde cuando era estudiante, aprendí mueblería porque me crie con mi hermano, que era mueblista y tapicero, así que yo ayudándole aprendí grosso modo, después cuando jubilé me dediqué de lleno a instalar mi taller y de ahí me he dedicado más a tapizar- porque este oficio son pocos los que lo practican- y me permite juntar un poco de dinero, así que he ido perfeccionándome de manera autodidacta hasta llegar a ser un mueblista tapicero, es decir, puedo copiar cualquier mueble, por ejemplo, si me llega un mueble desarmado que sea de cualquier fábrica yo lo puedo retapizar.

¿Este oficio les viene por parte de su papá o aprendieron solos?

Mi hermano mayor como tenía una casa grande y era amigo de mueblistas empezó a trabajar en una mueblería grande que llegó acá a Río Bueno, donde se trabajaba por secciones, y él era el esqueletero, porque al hacer un mueble nuevo primero vienen los esqueleteros, después los que ponen el relleno y finalmente el tapiz.

¿Usted está contento con su oficio?

Sí, porque trabajo cuando quiero y es un ingreso más que tengo.

¿Usted ha tenido algún reconocimiento por su trabajo?

Sí, he tenido una entrevista por parte de un periodista de la Municipalidad de Río

Bueno, él me entrevistó e incluso me dio un premio por mi oficio, yo lo conocía de antes porque compartíamos la carrera deportiva.

¿Usted diría que su oficio es importante para la comuna?

Podría ser importante, yo le he solicitado a varios alcaldes acá que consigan profesores para que hagan cursos, y hasta el momento solo han conseguido de mueblería.

¿A usted le gustaría que siguiera su oficio?

Yo creo que sí, porque esto de las tapicerías se va a mantener, aunque ya está apareciendo todo tipo de muebles desechables.

¿Usted tiene algún aprendiz en su familia que esté interesado en su oficio?

No, no han querido aprender mis sobrinos ni nada, porque la mayoría estudia otras cosas. Yo trabajo actualmente con mi hermano mayor, además mi otro hermano tiene una mueblería ahí frente a la chocolatería Kyra y nos encarga algunos trabajos de repente, porque trabaja solo y la tapicería es un trabajo que demora; por ejemplo, hacer un living demora menos tiempo que retapizarlo, porque al retapizar son dos trabajos: desarmar y volver a armar el tapiz.

# 27

ENTREVISTA

HAYDEE DEL CARMEN COLIHUINCA FILCUN

## EDUCADORA INTERCULTURAL MAPUCHE HUILICHE



¿Usted a qué se dedica?

Bueno, primero mi trabajo más profundo es ser persona, ser "che". Yo vivo en el campo, soy dueña de casa, mamá y hermana en mi entorno familiar, también tengo un cargo ancestral que es ser "Guillatufe", además, trabajo hace muchos años en la feria de chacareros, desde hace como cuarenta años, y a

la vez soy dirigente social, también como cuarenta años. Muy jovencita empecé a liderar el tema social, formé la feria de chacareros en Río Bueno, trabajé formando mi comunidad mapuche huilliche que se llama Litrán, en el año noventa y seis. También soy dirigente, actualmente de la asociación Wenuleufu de Río Bueno, que agrupa a más de cincuenta comu-

nidades y donde soy vicepresidenta.

¿Me puede contar cómo se convirtió en educadora tradicional?

Bueno, fue por varios procesos, veíamos que cada día el mundo mapuche se iba perdiendo -por decirlo así- porque los niños no se identificaban, ya que antiguamente por la discriminación y todo eso se ha perdido gran parte de nuestra cultura, hay mucho conocimiento que está perdido. Entonces, desde ahí se sintió como una necesidad de que nosotros teníamos que tener un espacio, pero no como profesor de aula, sino como un agente cultural, porque esa era la expectativa: primero que se dé la asignatura -no pedagógicamente- sino como una intervención cultural. Así comencé a trabajar acá en el Colegio Bicentenario de Crucero "Oscar Daniel", y desde ahí fue avanzando la asignatura a la vez que fuimos ganando espacios y derechos. Nos apegamos a la Ley N° 19.253, que es la Ley Indígena, la cual posee un párrafo específico que dice que donde hay presencia importante de población mapuche deben ser educados según su cultura, y lo otro que nos avaló mucho es el Convenio 169 de la OIT sobre pueblos indígenas y tribales. Después, cuando yo ya estaba en el colegio, salió el Decreto SLI N° 280 del Ministerio de Educación, desde ahí, empezamos a trabajar como asignatura "la ALI" (Asignatura de Lengua Indígena), ahí yo tenía cuatro horas, donde trabajaba con un profesor mentor -para que se encargara de

llenar el libro de clases y firmar- mientras nosotros hacíamos el resto del trabajo en aula. Entonces, en el año 2011 se formó como Red de Educadores Tradicionales, luego de fuertes conversaciones con el Ministerio de Educación, donde participaron, además de mí, el lonco Luis Huaiquimilla Sayes y la señora Cecilia Saldaña, quien actualmente es la directora del colegio.

¿Usted siente que su trabajo ha sido reconocido?

Yo creo que sí, porque en el año 2017 fuimos llamados a Santiago a contar la experiencia al Ministerio de Educación, fue una experiencia muy bonita lo que vivimos allá, fue invitada la señora Cecilia, que en ese momento era jefa de UTP, en conjunto con el alcalde. En el Museo Cultura y Arte dimos una cátedra de cómo comenzó y se fue desarrollando la experiencia.

# 29

ENTREVISTA  
JORGE HERNÁN OJEDA SANHUEZA  
CARTERO



Hola me llamo Jorge Hernán Ojeda Sanhueza, nací el 24 de diciembre de 1960, fui casado, pero actualmente estoy viudo, y estoy trabajando en el correo hace cuarenta y cinco años, desde el setenta y ocho.

¿Y usted cómo empezó a trabajar en el correo?

Yo empecé a trabajar por el Programa

de Empleo Mínimo, estuve cinco años por este plan, a mí me mandaron desde la municipalidad porque en ese tiempo necesitaban jóvenes para repartir cartas, hacer el aseo y esas cosas. Así estuve los primeros cinco años, hasta que me contrató el correo en el ochenta y tres como cartero, y actualmente estoy cumpliendo cuarenta años contratado.

¿Usted siempre ha sido de Río Bueno?  
Sí, yo llegué a Río Bueno con un año, mis padres eran de Fresia, de Tegalda.

¿Usted cree que su trabajo es importante para la comuna de Río Bueno?

Sí, es demasiado importante, o sea, los primeros días cuando empecé a trabajar llegaban al correo giros telegráficos y giros postales, eso es lo que me mandaban a repartir. Entonces la gente quedaba contenta, porque necesitaban que le llegue su platita a la casa, y sobre todo para Navidad, cuando llegaban tarjetas de saludo, aparte, los que pololeaban por cartas. Entonces, la gente se emocionaba esperando que el cartero les llevara sus cartas de amor. Así, varia gente me ha dicho: "Oiga don Jorge, yo pololí y me casé por las cartas que usted me llevaba".

¿A usted le toca repartir en bicicleta?

Sí, cuando recién me inicié repartía de a pie, andaba con un bolso de cuero que cuando se mojaba pesaba más que las cartas, y no daban ni ropa antes, ahora gracias a Dios dan bicicleta y ropa, así uno trabaja mejor, más cómodo, pero antes no era así, era difícil ser cartero, todo mojado; por ejemplo, ahora entregan protección para el agua. Ahora último, me dieron una bicicleta eléctrica porque tantos años trabajando me dio artrosis en la cadera.

¿A qué edad empezó a trabajar?

Yo empecé a trabajar a los diecisiete años, estudiaba y trabajaba, porque yo traba-

jaba en el correo y estudiaba en la noche para sacar mi cuarto medio, porque sin cuarto medio no contrataban. Así que ahí lo saqué y me quedé en el correo.

¿Entonces podría decir que está contento con su trabajo?

Yo estoy contento en el correo, y si Dios quiere voy a jubilar, me voy a esperar dos años más, porque tenemos una negociación colectiva para el 2025 con la empresa, y podría jubilar antes, pero no quiero porque como estoy recién solo en la casa no me hallo, así que trabajando me distraigo un poco.

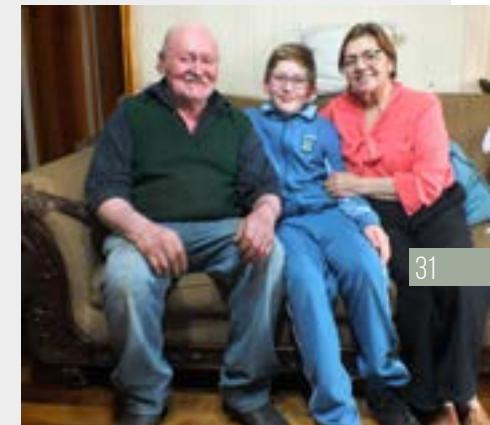
¿Qué diría que es lo más difícil de su trabajo?

Lo más difícil es cuando llueve mucho, porque haya sol, truenos o relámpagos hay que trabajar no más, uno no puede quedarse en el correo. Entonces lo más difícil es el mal tiempo, y ahora, con la artrosis me cuesta más el reparto, pero gracias a Dios, me dieron esa bicicleta eléctrica que me facilita los viajes, ahora que Río Bueno ha crecido hartito.

# 31

ENTREVISTA  
ALFONSO ROJEL NORAMBUENA

## ARTESANO EN FIERRO Y MAESTRO EN REPARACIÓN DE RADIADORES DE VEHÍCULOS



Yo me llamo Alfonso Rojel Norambuena y soy maestro en reparación de radiadores de vehículos, no es una profesión, es un oficio que ya prácticamente se está perdiendo. Empecé de muy niño, a la edad de seis años y toda mi vida he estado trabajando en esto, soy prácticamente el único maestro que hay en Río Bueno porque yo me inicié aquí, don-

de empecé a trabajar junto con mi padre. Mi padre era hojalatero y gáster, fabricaba estufas a leña, cañones, todo lo que estuviera relacionado con latas. También hacía coronas funerarias en esos años y había que dejar las piezas impecables, como si fuera una verdadera corona de flores. Esto se hacía en cobre y prácticamente los puros ricos mandaban a

hacer este trabajo, porque era un trabajo carísimo, en esos años el cobre no era una cosa del otro mundo porque venían planchas de cobre -que ahora casi no existen- antes, en cambio, todo se hacía en cosas de cobre. Las estufas de esos años mi papá las hacía con caldero para calentar agua, y todo eso se hacía de cobre, las estufas mi padre llegaba y las puertas, por ejemplo, las estampaba así, a puro martillo, y tenían que quedar igual como si fueran de fábrica.

¿Cómo empezó a ayudarlo a su papá en el arreglo de radiadores?

Cuando yo tenía seis años, el día de mi cumpleaños, agarré un radiador chico de una camioneta Morris -creo que era- y lo empecé a arreglar, mi papá no estaba en el taller, y cuando llegó yo le tenía el radiador listo. No supo cómo lo arreglé, y desde esa vez no he parado nunca más, llevo sesenta y nueve años trabajando en esto.

¿Usted siente que su trabajo ha sido retribuido, que la gente lo valora?

Sí, porque prácticamente yo le he trabajado a Chile entero, me han llegado muchos trabajos desde el norte -desde Arica- hasta el sur. Por ejemplo, ahora en el verano me mandaron cuatro radiadores de Antofagasta, de las minas, eso fue porque un cliente mío en ese momento estaba ahí y escuchó que tenían unos radiadores malos y me llamó por teléfono para decirme de la pega, así que me mandaron los radiadores.

¿Usted aparte de los radiadores a que más se dedica?

Bueno, yo sé hacer tanta cosa, sé hacer hojalatería, gasfitería, fui titulado del ejército en gasfitería. Para esto (reparación de radiadores) no se necesita título, porque uno aprende así no más, por eso es un oficio, se aprende por las de uno no más, y aparte hago artesanía en fierro.

¿A usted le gustaría que su oficio permaneciera en el tiempo, por ejemplo, tener un aprendiz?

Sí claro, le estoy tratando de enseñar a un nietecito que tengo, es el doble mío, se llama Joaquín él, y viene a trabajar conmigo toda la temporada de vacaciones porque está estudiando, tiene doce años y ya ha venido dos temporadas a trabajar conmigo aquí, y yo le pago su trabajo, le enseño y le pago, entonces él todo el verano se la pasa trabajando conmigo.

¿Usted cree que los oficios como el suyo son importantes para Río Bueno?

Claro, lógico... porque se está perdiendo todo lo que es artesanía, lo que es oficio, entonces es importante que continúe, porque todo se está perdiendo. Esta cuestión, en un par de años más no va a haber nadie que los arregle porque ya le buscaron el ajuste con los radiadores de plástico y aluminio, lo hacen para que haya venta y nadie los pueda arreglar, pero yo los arreglo igual.

33  
IVÁN ESPINOZA RIESCO

## LA VISIÓN DE UN ESCRITOR



# 34

**SERGIO RODRÍGUEZ  
HUENCHUGUALA**

## DE CABALLOS Y OTRAS YERBAS

Pensando en posibles epígrafes (relacionados con un personaje y un oficio) que podría utilizar en la historia que tenía que escribir sobre Sergio Rodríguez Huenchuguala, partimos un día de octubre en mi pequeño auto Daniela, Camilo y yo, hacia el sector de Champel, ubicado a dos kilómetros de Río Bueno atravesando el puente Carlos Ibáñez del Campo, o "Puente Viejo" como todos lo llaman.

Por el camino nos fuimos haciendo grandes expectativas con la entrevista que íbamos a hacerle a este mentado y reconocido personaje, Daniela, que es la coordinadora de este proyecto patrimonial y la encargada de la Oficina del Patrimonio de la I. Municipalidad de Río Bueno, que esta vez las oficiaría de fotógrafa, Camilo, que es un joven antropólogo, que haría su trabajo profesional, y yo, un humilde escritor, que haría lo propio. El proyecto del que hablo pretende rescatar del olvido (antes de que sea demasiado tarde) diez oficios que están en vías de extinción. El nom-

bre del proyecto no puede ser más elocuente (y triste): "Los últimos que quedan". Haremos un libro con todo el material recopilado para que estos oficios sigan viviendo un tiempo más, aunque sea en los anaqueles de las bibliotecas.

Lo primero que vimos al llegar a la casa de campo donde vive don Sergio fue a un hombre concentrado en preparar la comida de los chanchos y las aves de corral que andaban reclamando por ahí. Supusimos que era él, y no lo quisimos importunar. Nos dieron la bienvenida unos siete perros de distintas razas y tamaños, todos muy bien domesticados y amigables.

A la entrada de la casa nos esperaba Ximena, la hija mayor de don Sergio. No hizo pasar y nos ofreció asiento y un cafecito, que aceptamos de buena gana, como si hubiésemos recorrido más de cien kilómetros. Agradecemos la buena acogida y cariño de la anfitriona: "Ya viene mi papá", nos dijo, mientras atacábamos sin complejos unos ricos alfajores caseros rellenos con manjar que dispuso sobre la mesa para acompañar el cafecito.

Luego hizo su entrada triunfal a la casa don Sergio, con sus botas de gomas empujadas y sus ropas de trabajo manchadas (no podría darles comida a los chanchos vistiendo traje y corbata, supusimos tácitamente los entrevistadores).

Nos habían contado que nuestro personaje las oficiaba de carretonero, es decir

que hacía fletes en su carretón tirado por un caballo, que todos habíamos visto más de alguna vez amarrado a un árbol de la plaza 21 de Mayo. Pero no era así. Él usaba su carretón para "bajar al pueblo" a realizar sus trámites particulares y comprar sus cosas. Era su medio de movilización.

Después nos enteramos in situ que el caballo que tiraba su carretón no era un caballo sino una yegua viejona, gorda, peluda y amarilla, que se llamaba "Luli", un nombre muy farandulero.

Don Sergio nos saludó de mano, sonriendo (no sé si los demás lo notaron, pero no dejé de advertir que brillaba una tapadura de oro en su sonrisa). Era un hombre octogenario (que no representaba su verdadera edad: parecía tener diez años menos), era alto, rudo, maceteado, bien parado, campechano, un pícaro de siete suelas, lleno de refranes y malicia (como Sancho Panza).

Nos contó un par de anécdotas de su infancia subidas de tono mientras arrasábamos con los últimos alfajores y nos bebíamos hasta la última gota de café.

Después nos condujo hacia el patio, nos presentó a la coquetona "Luli" y nos explicó en lenguaje coloquial, salpicado de garabatos, tallas y dichos campechanos, cómo había que tratar a los caballos (y a las yeguas), porque el oficio de don Sergio (A) El Potro Rodríguez, (dice en tono jactancioso), durante toda su vida, fue amansador y preparador

de caballos, además de herrero y castrador. Y que si alguien pensó que era carretonero o que hacía fletes en su carretón fue porque durante muchos años amansó y preparó caballos de otros para que arrastraran cargas por las calles de Río Bueno, e incluso para que transportaran, en calidad de bulto, a sus amos desde la estación de trenes a sus casas, cuando se ponían a tomar como verdaderos carretoneros.

La impasible “Luli” sirvió de modelo para una clase práctica: “Siempre hay que tratar a los animales con cariño”, no dijo mientras le acariciaba la panza a “Luli”; después nos enseñó cómo se herraba un caballo, y puso diestramente una pata de la yegua entre sus rodillas (Pero ¡Oh, sorpresa!, ¡“Luli” no tenía herraduras!) “¡Anda sin zapatos!”, exclamé yo, que nunca he cultivado la virtud de la prudencia, y agregué: “aquí se cumple cabalmente el dicho: “en casa de herrero, cuchillo de palo”, “Sí”, respondió él, al ser sorprendido en falta, “uno de estos días la voy a herrar”. Luego fue a buscar a un galpón algunos artilugios propios del oficio de amansador y continuó con su clase magistral.

Aquí debo ponerle freno al caballo desbocado de mi entusiasmo.

Antes dije que nos fuimos en mi pequeño auto haciéndonos expectativas sobre la entrevista, que fueron expectativas colectivas, pero no he dicho nada sobre mis expectativas personales (de escritor) que casi no

me dejan dormir la noche anterior. Dándome vueltas en la cama me puse a pensar en caballos y en jinetes. Recordé, por supuesto, mi infancia y las revistas de historietas que leía. Volví a ver en el telón de fondo de mi mente a El llanero solitario montado en su caballo Plata cabalgando hacia el sol y gritando: “¡Hi-yo, Silver, away!” (¿sería así don Sergio?) ... Recordé al pelirrojo vaquero Red Ryder y a su amigo Castorcito, ambos montados en el poderoso corcel Thunder (Trueno) (¿sería así don Sergio?), ¿o sería como Hopalong Cassidy que tenía un carácter grosero, de hablar áspero y conducta desganada? ¿O sería como Roy Rogers o Gene Autry, que eran menos conocidos, pero igual de guapos y valientes?

Y seguí pensando en caballos famosos, reales y ficticios. Hasta en el Caballo de Troya pensé y en su barriga llena de soldados. Recordé al Cid Campeador muerto y amarrado sobre su caballo Babieca cabalgando sobre el campo de batalla, y a sus enemigos huyendo despavoridos creyendo que había resucitado. Recordé a Bucéfalo, el caballo de Alejandro Magno, a Marengo, uno de los caballos de Napoleón, a Palomo uno de los caballos de Simón Bolívar, a El siete leguas de Pancho Villa, al caballo Huaso de Larraguibel y su récord mundial de salto alto. Y recordé algunos cuentos sobre caballos: Historia de un caballo de Tolstói, el Pony colorado de Steinbeck, Caballos en la niebla de Raymond Carver, Lucero de Óscar Castro, Adiós a Ruibarbo de Guiller-

mo Blanco, el caballo que tosía de Edesio Alvarado... Era poco y vergonzoso.

Antes de quedarme dormido reconocí, con el corazón contrito y galopante, que no estaba muy a caballo en el tema.

Don Sergio Rodríguez Huenchuguala (mi segundo apellido es alemán dijo bromeando), potro octagenario, nació en La Unión el 12.12.1942 (o sea en diciembre cumple 82 años), está divorciado de su primera esposa y madre de sus seis hijos; la más cercana de sus hijas es Ximena, que trabaja como administrativa en el Juzgado de Policía Local de Río Bueno (y que más tarde nos volvería a sorprender cuando nos dijo que el almuerzo estaba listo: cazuela de cordero, pancitos amasados y ensalada de lechuga), y es viudo de la pareja que tuvo después de separarse. No pudimos negarnos a la invitación de Ximena. Habría sido una rotería.

Nos dijo don Sergio que cuando niño fue muy pobre y que iba a pata pelada a la escuela, y que, en el invierno, cuando hacía mucho frío, él y los otros niños metían los pies en el barro y luego en las cenizas del rescoldo para protegerse del hielo. Dice que estudió hasta segundo medio, y que tuvo dos hermanas. Y que las dos fueron profesoras. Dice que todo lo que sabe de los caballos lo aprendió de su padre que tenía un potro que se llamaba El Payador; de niño aprendió a montar al pelo, dice, y a herrar y a domar caballos chúcaros. Dice que hizo su servicio militar en Valdivia en

el año 1960, para el terremoto, en el regimiento Caupolicán de caballería. Dice que era el más capo para los caballos y que un teniente le tomó cariño, y que después lo ayudó para que entrara a Carabineros, pero duró un año no más y se tuvo que retirar porque su papá se enfermó. De ahí volvió al campo. Ha trabajado toda su vida con caballos. Dice que una vez un veterinario le llamó la atención cuando descubrió que se dedicaba a castrar potrillos y cobraba la mitad de lo que cobraba él (aquí se ríe).

Don Sergio es alegre y seco para la talla. Y es fuerte como un roble a pesar de su edad porque lleva una vida tranquila y nunca ha sido bueno para el copete, nos confiesa. Debo reconocer que algunos de sus dichos campechanos no los entendí. Mientras lo entrevistaba y anotaba algunas impresiones en mi cuaderno, se me quedó mirando y dijo: “Aquí hay una guitarra que toca pa’trás”, y no quiso aclarar su dicho. Después de mucho cavilar, deduje que se refería al poco pelo que cubre mi mollera. De repente se acordaba de algo y nos decía: “Cuando se capa un caballo hay que tener cuidado de sacarle las dos bolas. Si le sacan solo una, el caballo se pone “chiclán”. “¿Qué significa eso?”, le pregunté, “se pone bravo”, dijo.

Después de devorarnos la cazuela, cuando ya nos aprestábamos para retirarnos con la guatita llena y el corazón contento, don Sergio se acordó de una anécdota. Sería

la anécdota del estribo, supuse: “Una vez una patrona me dijo que soltara uno de sus caballos que estaba amansando, y el caballo salió corriendo, se cayó a una acequia y se quebró una pata en dos partes. Dice que le exigió a la patrona que fuera a ver el caballo, y ella, después de verlo, le ordenó que lo sacrificara y lo enterrara. Cuando empezó a cavar la fosa se le ocurrió que podría llevarse una de las piernas para hacer charqui; estaba enfocado en eso cuando apareció un vecino que había sido testigo del hecho y le pidió que le vendiera la otra pierna porque tenía unas visitas buenas para el diente en la casa, y que le gustaría hacerle empanadas de caballo para que dejaran de joder. Se pusieron de acuerdo en el precio e hicieron trato. Finalmente, el caballo se fue al hoyo con solo dos patas (una de ellas quebrada). Dice que el vecino le pidió que pasara por su casa después que las visitas golosas se habían devorado las empanadas. Entonces, en un determinado momento la esposa del vecino, conocedora de la jugarreta, se puso a relinchar como caballo, muerta de la risa, para burlarse de sus hambrientos visitantes”.

“Seguro que es una indirecta que nos está tirando por nuestro buen apetito”, pensé.

Por cierto, nunca pude encontrar un epígrafe adecuado para esta historia.



# 39

IRMA DEL ROSARIO  
MOLINA MANCILLA

## LA TÍA IRMA, UN CANTO A LA VIDA.

Conocí a la señora Irma del Rosario Molina Mancilla, o “Tía Irma” como la llaman todos los que, de una u otra manera han estado ligados a ella, o bajo su tutela e influjo, ya sea como profesora o formadora de coros infantiles, y que la recuerdan con cariño y que saludan con afecto dondequiera que la encuentren. Y el hecho de conocerla de antes me facilitó las cosas.

Tuve la suerte de conocerla personalmente y de conocer su acogedora casa ubicada en la calle Patricio Lynch de Río Bueno, cuando se la ofreció al coro de la parroquia Inmaculada Concepción para que ensayáramos cuando preparábamos la misa del Gallo en Navidad, o una misa a la chilena durante las fiestas patrias, o el Pregón Pascual para la Pascua de Resurrección en la Semana Santa, ya que profesamos la misma fe y el mismo gusto por el canto, aunque ella es una maestra y yo un aprendiz de edad propecta que nunca tuvo la oportunidad de ser “Amiguito de Jesús”, que fue un coro de niños de seis

años hacia arriba que formó y dirigió durante un cuarto de siglo al alero de la parroquia de nuestra comuna.

La tía Irma es reconocida por su dedicación a la música, especialmente por el canto coral, por la enseñanza de la guitarra en grupos juveniles e infantiles y por ser integrante activa del coro de profesores de Río Bueno, destacándose por ser una de las fundadoras y por cantar en la voz de contralto.

Pero pienso que es más reconocida por su generosidad y entrega.

Su amor por la música nació cuando era niña e iba a misa los días domingos a la parroquia de La Unión, ciudad en la que nació, vivió y estudió hasta que ingresó a la escuela normal de Valdivia, y escuchaba cantar a un grupo de niños dirigidos por un sacerdote que tocaba el armonio. El grupo de niños se llamaba Coro de Ángeles, y ella vibraba y se contagiaba con la música y cantaba fuerte y claro, y su voz melodiosa sobresalía entre los fieles de la asamblea. Hasta que la invitaron a integrarse al coro. Desde entonces no ha dejado de cantar y de enseñar. De cantar enseñando y de enseñar cantando, pero siempre con amor.

Irma, nació el 23 de noviembre del año 1941, y su infancia y juventud transcurrió en La Unión, como ya se ha dicho, hasta que egresó de la escuela normal de Valdivia. Comenzó trabajando como profesora en Río Bueno. Su primera destinación fue una es-

cuelita rural ubicada en la reducción Pitriuco, cercana a Ignao, más adelante trabajó unos años en la escuela de Crucero, y más tarde en la escuela Patricio Lynch de Río Bueno, donde estuvo treinta años de su vida entregando sus conocimientos de matemáticas, ya que esa fue su mención con la cual egresó de la escuela normal, y paralelamente formando coros de niños cada vez que pudo.

Su vocación fue siempre enseñar y compartir sus saberes, talentos y dones, y conjugó los números con las notas musicales en una ecuación perfecta.

Cuando era pequeña le preguntaban: “¿qué te gustaría ser cuando grande?” y ella respondía: “doctora, asistente social o profesora”. Olvídate de ser doctora le dijeron sus padres porque es una carrera que no podríamos pagar. Tuvo que decidir entre las dos restantes. Y se fue a la escuela normal para ser profesora, porque allí cantaban y tocaban instrumentos.

Trabajó durante tres décadas en la escuela Patricio Lynch de Río Bueno y cuando ya estaba a punto de jubilar, sus alumnos de octavo año, que se tenían que separar y continuar sus estudios superiores en distintos liceos, le pidieron que siguiera cantando con ellos. Fue así que nació el coro “Los amigos de Jesús” en la parroquia Inmaculada Concepción que los acogió, Desde su creación participaron activamente en todas las actividades de la iglesia. Pero esos niños crecieron y muchos tuvieron

que irse a otros lugares a estudiar sus carreras universitarias o a trabajar. Pero la tía Irma ya estaba preparada para esa eventualidad y fue entonces que concibió la idea de hacer un semillero de voces nuevas que tuviese más continuidad en el tiempo, y de ese modo nació el grupo “Los amiguitos de Jesús”, con niños de seis años hacia arriba, a quienes les enseñaría a cantar y a tocar guitarra. Pero no solo les enseñó música, sino que también les inculcó valores morales y cristianos. Me dice orgullosa y emocionada que “Los amiguitos de Jesús”, en sus mejores momentos, llegaron a tener cuarenta niños cantando en el coro y diez guitarristas. Los niños aprendices de guitarra debutaban siempre para la misa de Navidad. Esa hermosa experiencia, que marcó toda una época y dejó una impronta indeleble en la comunidad, duró veinticinco años. Pertenecieron a ese semillero Gloria Chacón, María Elena Monsalve, los hermanos Carla y Antonio Villagrán, Cristina Álvarez, Jorge Carrasco, Marcela Maldonado, entre otros.

Una ex integrante del coro “Los amiguitos de Jesús”, que hoy es profesora y sigue cantando en las misas de vez en cuando, a quien apelo para que me ayude, corrobora todo lo dicho, y agrega que, durante veinticinco años, la tía Irma los acompañó, los dirigió, les entregó amor, y a cambio de todo los talentos y valores que les entregó, les exigió disciplina, respeto, compromiso y responsabilidad. Reconoce que fue una experiencia ma-

ravillosa que ha marcado toda su vida. Y no se explica cómo hizo la tía Irma para estar con sus niños todos los días sábados ensayando sagradamente de diez a doce, y participando en las misas de los domingos ¡si tenía una familia! Confiesa que ella no habría podido hacerlo.

Debió ser muy triste para la Tía Irma que el coro Los amiguitos de Jesús cerrara un ciclo que le dio tantas satisfacciones personales y alegrías a los fieles durante un cuarto de siglo. Los niños crecieron y se fueron a distintos lados a estudiar o a hacer sus vidas, principalmente. Pero Irma no se fue nunca ni abandonó la música y siguió participando activamente en el coro de profesores, grupo coral dirigido, desde el año 1975 en adelante, por el profesor David Montaña. Me cuenta que el coro ha pertenecido desde siempre a una agrupación nacional de coros y ha participado en varios encuentros en distintos lugares del país donde han sido invitados, como Illapel, Copiapó, Arica, Iquique y Punta Arenas. Recuerda especialmente los encuentros que se han realizado a nivel regional en otras comunas, y especialmente los de Río Bueno.

Pero eso no es todo. Lo más importante estaba por venir. Era la concreción de un sueño largamente acariciado. La proyección de todos sus afanes. La melodía bella e incesante de un alma inquieta y un corazón generoso que pugnaba por expandirse y dibujar sus primeras notas en el pentagrama de su

vida.

Al reconocerse predestinada a formar niños y jóvenes a través del amor y la música, concibió una idea y se empeñó en llevarla a cabo contra viento y marea.

Después de jubilar como profesora en la escuela Patricio Lynch de Río Bueno, se puso manos a la obra para edificar su sueño, para levantar, tabla sobre tabla, su propia escuela.

Me cuenta emocionada que con ayuda de su esposo levantaron la escuela particular subvencionada El Despertar, ubicada en Villa Ralicura sector Contra Coronel, Río Bueno, que hoy funciona como una corporación educacional, y que se enfoca en el “despertar a la vida”. Entregando una educación de calidad basada en la inclusión, formación integral y ciudadana; con una sana convivencia escolar, fomentando hábitos, actitudes, valores, desarrollando el interés por lo artístico-cultural y cuidado del medio ambiente, que desarrolla y potencia en sus estudiantes habilidades sociales, cognitivas y de aprendizaje, con valores sólidos, con un alto espíritu de sensibilidad por el desarrollo de las artes, respeto por el medio ambiente y una sana convivencia, basados en normas y disciplina escolar.

Me dice orgullosa que partió con cincuenta y siete estudiantes y tres profesores hace veintiún años atrás y que hoy tiene una matrícula de 297 estudiantes y trabajan en su establecimiento educacional quince do-

centes, diecinueve asistentes de la educación (sicólogo, fonoaudiólogo, monitores y auxiliares) y cuatro manipuladoras de alimentos. Dice que en su escuela se aplica el que siempre ha sido su lema: “enseñar con amor”.

Un día visité su escuela junto a Daniela, la gestora de este proyecto de rescate patrimonial, y pude comprobar in situ sus bondades. Me llamó la atención ver a sus estudiantes ordenados, respetuosos y cariñosos. Moderna instalaciones con todo lo necesario para una buena enseñanza: biblioteca, un espacioso comedor, un patio techado con mesas de ping pong y taca taca, donde los niños comparten y se divierten. A un costado de este patio, se levanta un gran gimnasio nuevo donde realizan sus actividades deportivas, culturales y presentaciones. Punto aparte merece la sala de música donde guardan todos sus instrumentos musicales y los trajes folclóricos con los que participan en sus presentaciones y la gala final que realizan a fines de cada año.

La Tía Irma se declara feliz, y lo expresa así: “Me siento realizada y bendecida por todo lo que hice en mi vida”.

Yo le digo que lo suyo no fue cualquier cosa, que fue, y sigue siendo, un apostolado. Y creo que me quedo corto en mi apreciación.



# 43

PEDRO DELGADO GONZÁLEZ

## EL TALABARTERO FELIZ

Don Pedro Delgado González, propietario de la Talabartería y Marroquinería Delgado SpA, ubicada en la calle Mackenna 1182 de Río Bueno, es un talabartero feliz, o si ustedes prefieren es un talabartero de corazón, un hombre que ama su oficio y se siente orgulloso de lo que hace. Pero siento que es más que eso: es un eximio artesano en cueros, y además es un emprendedor de fuste. Y si quieren saber cosas más mundanas, les puedo decir que es bajo de estatura, grueso, semicalvo, campechano, dicharachero, de sonrisa franca y de ojos expresivos, y que sus manos están encallecidas y curtidas por una vida de trabajo.

Lo conocí en una entrevista que sostuvimos previamente con él, Daniela, Camilo, Cristian, y yo, que conformamos el equipo de ejecución de este proyecto, (Daniela como gestora y coordinadora, Camilo como antropólogo, Cristian como diseñador de este libro, y yo como escritor). Decidimos ir todo el equipo de trabajo porque lo queríamos conocer (o

saludar los que ya lo conocían), y él nos recibió y nos mostró su “imperio” familiar del cuero. Lo primero que no explicó fue la diferencia entre talabartería y marroquinería. “La diferencia entre ambas”, nos dijo, “es el acabado que se le da a la piel, la talabartería se ocupa de aplicaciones para el uso rudo en el campo, como monturas, riendas, lazos, cinchas, pierneras, arciones, rebenques, etc., por lo que su acabado es más rústico, pero también tiene que ver con el proceso anterior de curtido, depilado, amasado y teñido de piezas de cuero bovino, ovino, caprino, etc. La marroquinería, en cambio, se distingue por sus acabados finos para artículos de uso personal como bolsos, cinturones, sombreros, billeteras, estuches para cortaplumas y otros”.

Esa primera vez nos dijo que trabajan en el negocio familiar sus dos hijas, una nieta y la pareja de la última que realiza los trabajos de marroquinería. Y nos mostró con orgullo su taller donde trabaja todos los días cortando, cosiendo, tiñendo o trenzando cueros.

Para la segunda entrevista lo encontré a la entrada de su tienda (de su bella tienda de productos confeccionados en cuero, donde vende desde monturas hasta billeteras), que administra su nieta Catalina Villanueva, que es profesional en otra área (trabajadora social) y que fue reina de Río Bueno en el año 2017 (debo mencionar este hecho anecdótico porque todos me lo recuerdan). Don Pedro está con las manos en los bolsillos tomando

desaprensivamente los tímidos rayos de un sol de fines de septiembre.

- Hola, don Pedro, le digo, ¿cómo está?, ¿me está esperando para la entrevista?

- ¿Cuál entrevista?

- La que había agendado con su nieta para hoy a las tres.

- No me dijo nada, respondió (¡Vaya!, me falló la reina, pensé, pero adelantaré el alfil de los contratiempos para evitar el jaque mate).

- No le puedo creer, don Pedrito..., pero ya que estoy aquí, ¿podemos conversar unos minutos?

- Claro que podemos, dijo él.

Noté altiro que don Pedro era una buena persona.

Hablamos más de una hora como viejos amigos bajo los tibios rayos del sol.

Mientras hablábamos de su vida, nadie entró a la tienda. No muchos deben saber de la existencia de esta hermosa boutique de cueros, pensé, tratando de hallar alguna justificación. Y se lo comenté a él. Me dijo: “Aquí no llueve, pero gotea, ayer no más vendí una montura en cuatrocientos cincuenta mil pesos”.

Saqué presto mi cuaderno y mi lapicera y me dispuse a tomar apuntes.

Cuando me dijo que había nacido en Ponhuipa, cerca de Rucatayo, respiré aliviado. Me pareció un buen inicio y un buen indicio. Jamás había escuchado esos nombres tan extraños y me imaginé que había nacido en una

aldea perdida en lo más profundo de la China. Como vio un acertijo dibujado en mi frente, me aclaró la película: “es cerca de Carimallín”. El nombre de Carimallín me pareció conocido y medianamente convincente.

Sin duda don Pedro es un talabartero feliz.

Pero no crean que su vida fue de color de rosas. Muy por el contrario.

Se me ocurre que podría comenzar esta historia hablando de la felicidad y la prosperidad de hoy, muy merecida por lo demás, y retroceder dando tumbos por la huella abrupta y azarosa del tiempo hasta llegar hasta su sombría infancia, hasta los días de pobreza y sufrimientos, para finalmente volver al presente mediante un triple salto mortal hacia adelante y hacer un parangón entre el pasado y el presente, y rescatar todo lo positivo, todo lo bueno, ver el saldo a favor, el vaso medio lleno, decir fehacientemente, con voz rotunda o quebrada por la emoción, que se le puede torcer la mano al destino, pensando en que este pretencioso discurso pueda servir como un mensaje de aliento y esperanza para muchos.

Los padres de Pedro eran muy pobres y vivían al tres y al cuatro en una mediagua donde nunca llegaba la prosperidad ni la cigüeña. A pesar de su pobreza deseaban tener hijos y, como no podían tener descendencia de la manera tradicional, adoptaron en secreto a una niñita, que al poco tiempo pasó a ser la

hija mayor, ya que milagrosamente nacieron cuatro críos más, esta vez con la maternidad y los dolores del parto correspondientes. Pedrito fue uno de esos cuatro niños concebidos de la manera convencional y universalmente reconocida.

El padre de Pedro hacía de todo para sobrevivir y alimentar a su prole. Era un consumado maestro chasquilla que, entre otras cosas, aserraba madera con una corvina, carneaba animales, hacía cecinas y tejuelas, araba la tierra, sembraba y cosechaba algunas hortalizas, curtía cueros y les cortaba el pelo a los carabineros del retén Carimallín (esto último sin gastos para el fisco). Pero a pesar del empeño que le ponía, nunca le alcanzó para comprarle zapatos a sus hijos. Pedro me dice que él y sus hermanos fueron siempre a “patita pelada” a la escuela, en invierno o verano (“piecitos de niños, azulosos de frío”), y que muchas veces recibieron palos de su profesor porque no entendían algo, o por hacer una travesura. Pedro era el más cercano a su padre y le ayudaba en todas las faenas del campo y gracias a su curiosidad, aprendió muchas cosas.

Llegó a sexto de primaria y no quiso seguir estudiando (abriendo un paréntesis en nuestra conversación me dice: “Si hubiese tenido más estudios le aseguro que en este momento sería concejal de la comuna porque todo el mundo me conoce”). A los diez años sabía los rudimentos del oficio de talabartero

y ya tenía callos en sus manos.

“Yo pasé de todo en mi vida”, me dice.

“Yo no más sé cuánto sufrí, oiga”.

Me cuenta que siendo adolescente (tendría unos quince años), después de vender cigarrillos por un tiempo en Ponhuiipa (se iba de madrugada a Osorno a comprar fardos de cigarrillos Hilton), le encontró el gustito al dinero y se quiso independizar. Decidió escapar del campo y la miseria. Se fue a Osorno a trabajar de mozo en una casa para ganar unas monedas. Dice que lo hacían trabajar de sol a sol igual que a un esclavo, y que la poca comida que le daba su “patrona” se la arrojaba al suelo, como si fuese un perro.

“Yo no más sé cuánto sufrí, oiga”.

Siguió trabajando en lo que pudo y ganándose el pan con el sudor de su frente hasta que le tocó “hacer su regimiento” (cumplir con su servicio militar obligatorio a los dieciocho años de edad).

Le tocó hacerlo en el regimiento Membrillar de Valdivia.

Allí no le cambió mucho la vida.

Fue en los años posteriores al golpe de Estado.

Me dice que el mismo día en que se presentaron los nuevos reclutas, los mandaron a campaña por tres meses al sector de Cachillahue; que los llevaron caminando desde el estadio de Río Bueno, que algunos de los nuevos conscriptos llevaban canastos de mimbres llenos de comida colgados al brazo,

que iban con las patas a la rastra y sudando la gota gorda, que él llevaba en una pequeña maleta de madera solo lo estrictamente necesario. Que al llegar al lugar de la campaña les dieron a todos sus tenidas de uniforme y las botas militares a medida... , a medida que les tocaba su turno en la fila; a él le dieron una tenida de campaña talla 52 (era talla 44), una bota del número 39 y otra del número 42. Así salió a trotar cada día hasta caer rendido al suelo de agotamiento, así hizo sapitos y tiburones y punta y codo, así recibió palos, patadas y humillaciones de los “clases”. Me dice que cuando les servían sus raciones de porotos aguachentos a la hora del rancho, tenían que apartar con la cuchara la caca de los ratones que flotaba en el centro del plato como si fueran trocitos de longaniza.

“Yo no más sé cuánto sufrí, oiga”.

Dice que el servicio militar era por dos años, pero que a ellos los dejaron un año más por los tiempos terribles que les tocó vivir. Dice que no quiere hablar de eso. Dice que esos tres años de milico le embarraron su juventud.

Dice que él, que no era nada de que-dadito, desde el primer momento las ofició de peluquero, y que, gracias a eso, le hizo el quite a la instrucción y a los “aporreos”, pero a cambio debió mondar legiones de pelados. Que más adelante solo le cortaba el pelo al personal y eso le alivió la pega; dice que los oficiales y clases lo estimaban e incluso a ve-

ces le convidaban cigarrillos y copete. Dice que cuando estaba por licenciarse del ejército, después de los tres años más largos de su vida, el comandante del regimiento le ofreció el puesto de peluquero para que se quedara de planta, pero que un suboficial estricto pero bonachón lo convenció para que se fuera. Y se fue.

Cuando llegó a Río Bueno trabajó en la talabartería Monsalve, ubicada en calle Ejército Libertador, conocida también como Avíos Río Bueno, que es el lugar donde fabrican los esqueletos de madera y fierro de las monturas chilenas. Y allí aprendió el oficio, hasta que el propietario le dio la oportunidad de iniciar su propio negocio e incluso le regaló las primeras herramientas que poseyó.

Lleva cincuenta años de su vida dedicado a este noble trabajo que le ha dado todo lo que tiene. Se casó hace cuarenta y cinco años y tiene dos hijas. Tiene además una casa grande y bonita (es la tercera que ha tenido, me dice con indisimulado orgullo), su taller, su quincho con una hermosa vista, y su negocio-boutique en un mismo terreno, tiene además un furgón y un auto nuevo, que son cosas materiales, reconoce, pero tiene algo más grande e importante: una compañera que lo ha acompañado en las buenas y en las malas, además tiene solvencia económica, tranquilidad y un prestigio bien ganado. Aunque se muestra preocupado ya que últimamente ha tenido problemas de salud.

Me saqué la cresta para tener todo lo que tengo, dice.

“Pero yo no más sé cuánto sufrí, oiga”.



# 48

JUAN CARLOS  
PAFIAN ILLESCA

## A PURO ÑEQUE

El oficio de Illesca es palmario, no es que venda palmas en una esquina o aplauda (batiendo las palmas de sus manos) a la gente que pasa por las calles Esmeralda o Pedro Lagos. No, lo que quiero decir es que lo suyo es evidente, rotundo y categórico, que no lo puede ocultar, porque salta a la vista. Nadie en Río Bueno puede desconocer o ignorar lo que hace este hombre bonachón, risueño, afable y cargado de ñeques. Illesca es un hombre que se gana la vida con el sudor de su frente, honestamente, y a la vista de todos.

Illesca hace fletes todos los días del año, de lunes a sábado, llueva o truene en los crudos inviernos o bajo los rigores de la canícula en los veranos. Así es. "Super Illesca" o "Triciclo Man", hace fletes en su triciclo. Es decir, pedalea todos los días para arriba y para abajo, excepto el día domingo que consagra al descanso, por las tenebrosas calles de Río Bueno (digo tenebrosas por los hoyos o "eventos" que adornan la superficie lunar de sus calles), cargando todo tipo de productos

y cachivaches, desde una caja de clavos hasta un elefante. Me contó que una vez le tocó trasladar un juego de living completo por la empinada calle Las Heras y que casi le explotó la cabeza. Pero lo que más traslada de un lugar a otro es madera y materiales de construcción. Su hábitat está, por tanto, en la calle Pedro Lagos, en las cercanías de la ferretería Harcha. Por eso suda tachuelas en cada flete que hace, y el corazón le martillea en el yunque de su pecho cuando le toca cargar, de una sola vez, los materiales para construir una casa entera.

Sabedor de su esfuerzo cotidiano y titánico, lo primero que le digo cuando lo hago parar en la avenida Prat, frente al banco, para solicitarle una cita para entrevistarle, es lo siguiente: "No es que quiera verlas, amigo Illesca, pero estoy seguro de que tienes las mejores piernas de Río Bueno". La metáfora que le lancé quedó rebotando tímidamente al lado de su triciclo hasta desinflarse. No supo qué responder. No podía ser un piropo de mi parte, debió pensar, ya que él era un hombre rudo, trabajador, pequeño y de contextura gruesa, ni podía creer que sus piernas fueran lindas, largas, esbeltas y suaves como las de una Barbie. "No creo", me dijo, "mis piernas son cortas, chuecas, peludas y musculosas". "Justamente, lo digo por eso, por lo musculosas", le respondí y ambos nos reímos de buenas ganas.

Illesca es un tipo simpático, y tiene la extraña virtud de caerle bien a todo el mundo.

Por eso tiene tantos clientes. Y aquí tira una de sus frases para el bronce que lo identifica: "Aunque uno ande fregado por dentro, debe sonreír siempre". Y tiene razón.

De ese modo planificamos nuestro primer encuentro.

El día de la cita llegué a su casa, ubicada en la población Padre Tadeo 4, con un pack de chelas bajo el brazo (me había dicho que de vez en cuando se tomaba una chelita, porque a las nueve y media de la noche se quedaba dormido como un tronco) y un cuaderno en la mano para tomar apuntes. Fue una tarde lluviosa a mediados de septiembre, como a las seis y media de la tarde. Illesca me contó que respetaba sagradamente su horario de trabajo, que es de lunes a viernes de nueve a una en la mañana y de dos a seis en la tarde. Con una hora para almorzar en su casa, entre la una y las dos. Los sábados trabaja solo en la mañana, de las nueve a la una.

Lo más curioso de todo es que Illesca no se llama Illesca, su verdadero nombre es Juan Carlos Pafian Illesca, pero todo el mundo lo conoce por su segundo apellido. Le pregunté si su primer apellido es de origen mapuche (sabiendo que lo es) y me dice que tiene sus dudas, porque una vez un "histórico" le dijo que Pafian era de origen francés, pero que él no estaba ni ahí con sus raíces galas (mientras me dice eso pienso en Édith Piaf, el Gorrión de París, que quizás estaba emparentada con él y que su nombre de nacimiento Édith Pafian,

derivó en el más artístico de Édith Piaf, ¿quién sabe?). Me dice que él seguirá siendo Illesca a secas para todos los que requieran sus servicios, y para los otros también.

Illesca nació en La Unión el 4 de febrero de 1962, o sea, tiene sesenta y un años de edad. Su familia era de Vivanco, pero cuando tenía nueve años, se trasladaron a vivir a Río Bueno. Su familia la constituían sus padres, él y sus cuatro hermanos.

Estudió hasta quinto básico y no se quemó más las pestañas, había aprendido a escribir y a leer de corrido, y se sabía las tablas, con eso era suficiente. Después de abandonar sus estudios se dedicó a vagar (lo dice con esas palabras), a vagar y a trabajar en lo que fuera para ganar algo de dinero y contribuir con los gastos del hogar. Dice que no hizo su servicio militar porque nació con una discapacidad física en la parte superior de la columna vertebral que le resta un poco de movilidad, pero que nunca ha sido un impedimento para trabajar.

Trabajó muchos años en una frutería, en la Muni, en el PEM o Programa de Empleo Mínimo (donde uno trabajaba y cuatro miraban, dice, riéndose), trabajó también en el campo realizando labores agrícolas, hasta se fue a Santiago a trabajar como obrero de la construcción, allá estuvo tres años haciendo mezcla y dándole duro a la albañilería, ganando buen billete (parte del cual iba a parar a los cafés con pierna, dice, mirando de reojo a

su esposa, que no se pierde detalle de nuestra conversación mientras toma mate en la cocina). Sonia se llama su esposa. Llevan cuarenta y un años de matrimonio, tienen una hija, Jenny, que ya se fue de la casa y de Río Bueno, una nieta, Bárbara, que vive con ellos; también tienen un perro que se llama Snoopy. Tienen su casa propia ya pagada. Y me alegro mucho por eso, son gente de esfuerzo, se lo merecen. Se nota que se quieren. “Yo le preparo todos los días una comida rica y abundante, le sirvo sus platadas de porotos con baranda, sus cazuelas con su buena tumba de carne, las ricas pantrucas y los tallarines con salsa, por todo el esfuerzo que tiene que hacer el pobre cada día. De esa forma lo regaloneo”, dice Sonia con el mate en la mano y la oreja parada. Y yo, que soy sensible, me emociono y apuro mi primera cerveza.

Dice que siempre le ha gustado el fútbol, y que cuando joven vistió de corto para defender los colores de su club, el Capitán Godoy, pero que era más malo que la comida de los locos y no le daba a la esférica ni al quinto bote, por eso, cansado de ver los partidos desde la banca, quiso probar mejor suerte como dirigente deportivo. Ahí le fue mejor. “Por fin me tomaron en cuenta”, dice, esgrimiendo su amplia sonrisa.

Dice que el año 1985 compró su primer y único triciclo que ha tenido en su vida, y que destinó exclusivamente a su trabajo; le costó cuarenta y cinco lucas y lo tiene desde hace

treinta y ocho años. Le hace mantención cada quince días. Nunca le ha fallado. Y, salvo una interrupción de varios años en que trabajó de cargador, retomó definitivamente su oficio de fletero el año 1999. Desde entonces no ha dejado de pedalear por la vida. Lleva veinticuatro años haciéndolo con la misma voluntad y tesón, enarbolando siempre, como bandera de lucha, su sempiterna sonrisa.

Por supuesto que en tantos años de oficio tiene muchas anécdotas. Aquí va una de las mejores: Una vez un dirigente deportivo le pidió que retirara una bolsa de cal de una ferretería y que a las doce en punto la llevara al estadio para marcar la cancha, ya que a las tres de la tarde había un partido de fútbol. Pero a Illesca se le olvidó y se fue de carrete con un grupo de amigos a Lago Ranco. Allá se comieron un asado bien regado y al otro día jugaron una pichanga para pasar la caña. Ahí nuestro héroe se acordó del rayado de la cancha de Río Bueno y se le pasó hasta la curadera. Pero ya era tarde. Después supo que habían logrado superar el impasse, pero anduvo como un mes escondiéndose del dirigente que lo había contratado pensando en que lo iba a agarrar a cachuchazos. En ese tiempo un tal Sergio Soto que trabajaba en Colún, al enterarse de la talla de Illesca, le inventó el siguiente Slogan: “TRANSPORTES ILLESCA”: Responsabilidad, seriedad y rapidez (con suerte llega tres días después).”

Dice que los vendedores de la ferretería

Harcha, apenas lo ven aparecer le dicen “Aquí viene el Venta Inteligente”, que es un apodo que se ganó por emplear a menudo esa frase.

Cuenta que tiene buen corazón y siempre le hace favores a la gente más humilde. Una vez llevó en su triciclo a una viejita del campo al terminal de buses con un saco de fertilizante por quinientos pesos, que era lo único que tenía.

Jura que no es ambicioso y que se saca la mugre todos los días para poder sobrevivir con su esposa y su nieta, sin lujos, sin sueños, y sin vacaciones.

Me cuenta para callado que su meta es hacerse veinticinco lucas al día. No es mucho, pero a ellos les alcanza. Por eso pedalea sin descanso, cargado como burro, con lluvia o con sol, sobreponiéndose muchas veces a la pena y a la desesperanza.

Me confiesa que cree en Dios y le da gracias a diario por todo lo que recibe de Él. Especialmente por la salud.

Agrega que, a pesar de todo, está conforme con su vida porque gracias a su trabajo salió adelante con su familia.

Me asegura que la gente prefiere a los que hacen fletes en triciclo antes que, a las camionetas o camioncitos, porque ellos cobran más barato. Dice que a él siempre lo buscan, lo llaman o lo esperan, “debe ser porque soy cumplidor y responsable, y porque siempre sonrío, aunque tenga una pena o sienta un dolor”.

Se cachiporrea contando que ha cargado de todo en su triciclo; una vez casi se descaderó porque trasladó doce sacos de cemento de cuarenta y dos kilos cada uno en un solo viaje, además le ha tocado trasladar estufas de combustión lenta, colchones, muebles, planchas de madera terciada, planchas de zinc y hasta personas en silla de ruedas.

Se entristece al decirme que nunca ha salido de vacaciones con su esposa, que ni siquiera conocen las termas, y que muy rara vez han ido a pasear a Lago Ranco. "Pero una vez fuimos a Valdivia", dice su esposa con indisimulado orgullo, "y en el verano vamos al balneario a meter las patitas al agua o al estadio cuando hay un buen partido de fútbol". Y yo me vuelvo a emocionar, porque hay tanta humanidad y tanta sinceridad en sus palabras, y porque la suya, en el fondo, es una linda historia de amor, de sacrificio, de humildad, de dignidad y de coraje.

Me despido de Illesca con un fuerte apretón de manos y le agradezco por su buena acogida y cordialidad, por el tiempo que me ha regalado y por la sinceridad de sus palabras. Deseo llegar pronto a casa y transcribir en el computador los apuntes de mi cuaderno de la forma más auténtica posible. Me siento satisfecho y honrado de haber conocido más de cerca a este entrañable personaje. Cuando salí de su casa había dejado de llover. En un rincón del antejardín, tras la reja metálica que da hacia el pasaje, estaba su triciclo estaciona-

do y, a un metro del triciclo, Snoopy dormía en su casita. Salí despacito para no despertarlo.



# 53

ROBINSON SOTO PARDO

## EL MERCADER DE NOSTALGIAS

La tienda de antigüedades, artículos de colección y decoración de don Robinson Soto Pardo, ubicada en calle Camilo Henríquez nro. 600, esquina de Independencia, de la ciudad de Río Bueno, que lleva por nombre Antigüedades "Santa Beatriz", es un palacio encantado donde se detuvo el tiempo.

En este palacio del asombro podemos encontrar un trocito de nuestro pasado, por-

que un objeto antiguo nos hace revivir, de algún modo, un hecho significativo de nuestra existencia, nos conecta, precisamente, con el momento exacto e íntimo de un pasado remoto, con la visión de algo que nos vuelve a estremecer, con la recuperación de algo perdido, algo que convierte en realidad la imagen de un recuerdo y atiza dulcemente la brasa viva de la nostalgia. Porque un objeto, por la asociación de ideas que representa o por las cualidades o impresiones que le son inherentes, es mucho más que un simple objeto, lleva implícito también un sentimiento, o una emoción engarzada (como la piedra preciosa en una argolla), cualesquiera sean los motivos o causas que las provoquen.

Y en un palacio del asombro como es una tienda de antigüedades, podemos volver a ser los niños que fuimos al encontrar, por ejemplo, un tren a cuerda que gira alrededor de nuestros pies, o un viejo trompo de madera carcomida, un caleidoscopio, una armónica o un catalejo. Y podemos ver por primera vez

lo que nunca vimos, pero que nos imaginamos cuando leímos nuestros primeros libros: un bastón con empuñadura de bronce, un cascanueces, un astrolabio, un botón de nácar, la pipa de Sherlock Holmes, un disco de acetato girando en la vitrola, la cimitarra de Sandokán, el Tigre de la Malasia..., o de pronto, sin esperarlo, descubrir en un rincón una revista muy bien conservada de la Pequeña Lulú, que a mí, en lo personal, me transporta de un salto a mis siete años, a la ciudad de Concepción, y a la casa de mi tío Nano, porque él las coleccionaba.

Y nos podemos seguir asombrando, cada cual a su manera, al encontrarnos con una figura de bronce como la que tenía el abuelo, o una moneda de cobre, o un cenicero de metal, o esa lámpara de lágrimas tan parecida a la que tenía nuestra tía solterona que bailaba sola frente a un espejo roto (como dice Teillier), o esa botella de Fanta (con “rollitos”), o ese viejo mate de plata con olor a tango, o aquella foto en sepia de un puente, o la insignia de solapa con la bandera de Francia, o un par de colleras, como las que usaba papá en los casamientos y en los velorios. Porque un coleccionista, o el que visita una tienda de antigüedades, ya lo dijimos, busca algo que está más allá del objeto tangible descubierto, busca una conexión con lo intangible y con el ayer.

Un anticuario es un aficionado a las antigüedades o cosas del pasado. Asimismo,

y con más frecuencia en el uso moderno, un anticuario es una persona que se ocupa de recoger “libros antiguos”. No es el caso de don Robinson, que tiene para la venta todo tipo de antigüedades. El coleccionismo, en cambio, es la afición de una persona a acumular objetos de su agrado que ordena armónicamente, es un ser vivo y apasionado, ordenado y cuidadoso, con un punto de obsesión, constante en el tiempo, a quien le gusta compartir y disfrutar. Algunos expertos definen coleccionar como un acto natural, una actividad que se realiza por un placer físico, y se cree que buscar y adquirir nuevos elementos para una colección genera dopamina, el neurotransmisor responsable de estados de alegría, bienestar y placer.

Don Robinson nació en La Unión, en el sector de Rofuco, para ser más precisos, el 31 de julio del año 1942, es decir, tiene 81 años de edad, que no representa en absoluto. Fue el número cinco de seis hermanos. Estudió en la escuela mixta Nro. 3, que estaba ubicada en la esquina de las calles Comercio y Patricio Lynch. Luego cursó sus humanidades en el liceo de hombres.

A los diecisiete años hizo su servicio militar como estudiante.

A los dieciocho años empezó a trabajar en la sucursal del Banco Osorno y La Unión de Río Bueno, como administrativo, que estaba un peldaño más arriba que un auxiliar, estuvo un par de años timbrando documentos y pe-

gando estampillas, antes de ser cajero. En total estuvo cinco años trabajando en Río Bueno y luego lo trasladaron a la sucursal de Ancud. A esa edad se fue de Río Bueno a “hacer su propia vida” y solo regresó muchos años después con su esposa. En Ancud trabajó cinco años más de cajero. En su tiempo libre hizo un curso de pilotos en el club aéreo de Ancud y aprendió a volar.

En el año 1971 lo trasladaron desde Ancud a Antofagasta como jefe (contador), segundo cargo en importancia después del agente.

Después de cinco años los trasladaron de Antofagasta a Temuco, a la sucursal Lautaro, como agente. En ese tiempo estudió durante dos años en la Universidad Técnica del Estado de Temuco, en horario vespertino, la carrera de mantención de equipos industriales, carrera que no alcanzó a finalizar, porque se le antojó salir a conocer un poco del mundo y, como tenía algunos ahorros, pidió un mes de vacaciones y se fue a recorrer Centroamérica. Estuvo un tiempo viviendo en Ecuador (en Quito y Guayaquil) y otro tiempo en Ciudad de Panamá, y estuvo de paso en Venezuela. Una vez de regreso y de vuelta al banco, le tocó realizar una triste misión, le ordenaron que procediera al cierre de las sucursales de Villarrica, Curacautín y la de Lautaro. Después de eso, sus jefes le propusieron un acuerdo para continuar en Santiago en un cargo importante o que se fuera jubilado con una in-

demnización y una pensión vitalicia, sin pensarlo dos veces acepto la segunda opción. Se fue del banco con dieciocho años de servicio. Tenía treinta y cinco años de edad, era soltero y tenía una vida por delante.

Después de su viaje, regresó a Chile pobre, pero tenía una pensión, y como siempre había tenido buen olfato para los negocios, se fue a trabajar al campo, no como peón de labranza, sino como comerciante, haciendo inversiones en bienes raíces y en la compra y venta de animales. Dice que toda su vida ha trabajado duro, y por eso nunca le ha faltado nada.

En el año 1978 se casó en Vilcún con la señora Rosa Fuentes Senn, profesora de artes visuales. Se habían conocido precisamente en Vilcún, cuando ella era estudiante universitaria y él comerciante, luego se enamoraron, se casaron y se vinieron a radicar a Río Bueno. Del fruto de su amor nacieron dos hijos. El primogénito nació en la primera casa en que vivieron y que arrendaban en Río Bueno. Más adelante compraron la casa en que actualmente reside el matrimonio donde está también la tienda de antigüedades, allí vino la segunda hija; el hijo es ingeniero comercial y la hija es psicóloga. Tienen tres nietos, todos hijos del varón.

Don Robinson me cuenta que es católico practicante.

Y apolítico.

Dice que por problemas de salud ya no

asiste a la parroquia los domingos, pero que todos los días escucha la santa misa a través de una radioemisora.

Dice que participó durante mucho tiempo en la capilla La Cantera como animador y que fue presidente del Hogar de Cristo de Río Bueno.

Dice que se convirtió en anticuario por casualidad. Antes su negocio se dedicaba a otros rubros, como a la venta de productos para el agro y frutos del país o de ropa americana, y que se convirtió en anticuario cuando algunas personas le comenzaron a ofrecer objetos antiguos que traían de todas partes. Cuando reunió una buena cantidad de objetos, los clasificó, tasó y comenzó a revenderlos. Le empezó a ir bien, se hizo de clientes de todas partes, desde Arica a Punta Arenas, e incluso de visitantes extranjeros.

Dice que su oficio y actual emprendimiento es solo un hobby, que no vive de eso. Y que no compite con nadie, porque cada vez hay menos tiendas de antigüedades.

Dice que a veces ha realizado buenas ventas, pero que eso puede ser muy relativo.

Me cuenta que, durante un tiempo, hace varios años atrás, participó en una feria de anticuarios que se realizaba los días domingos en Valdivia durante la temporada estival, y que funcionaba a un costado del Torreón Los Canelos, en la esquina de General Lagos y Yervas buenas, frente a la casa Luis Oyarzún de la Universidad Austral de Valdivia. Y que allí solía

ganar en una mañana, fácilmente trescientos mil pesos. Eran los buenos tiempos.

Dice que el negocio fue rentable hasta antes de la pandemia del Covid. Que después de eso las ventas mermaron en un ochenta por ciento aproximadamente.

Dice que entre sus clientes hay toda clase de personas, desde ricos hacendados, congresistas, políticos, turistas, coleccionistas, y también personas humildes. Pero tiene clientes especiales como el fundador y director del Museo Taller (o Museo de Herramientas) de Santiago, Francisco Dittborn Baeza, que es su amigo personal.

Dice que piensa seguir con el negocio unos cinco años más, mientras se sienta bien, y que luego rematará todo lo que tiene.

Me cuenta que es un agradecido de la vida.

Y que ha tenido la fortuna de ir con su esposa tres veces a Europa.

Dice que siempre le ha gustado ver la reacción de las personas que entran a su tienda, y cómo a veces, al descubrir un objeto cualquiera entre tantos otros, se quedan en un estado de introspección, cautivados, como idos, enarbolando una sonrisa luminosa. Es señal de que se han conectado con su pasado, con recuerdos y emociones propias y que solo a ellos atañen, y de seguro esos clientes - me dice don Robinson antes de despedirse - salen de su tienda acariciando entre sus manos ese objeto como si fuera un talismán sagrado.



57  
GERALDINA ISABEL  
DELGADO SOTO

## LA SUPLEMENTERA ROMÁNTICA

En la intersección de las calles Comercio y Esmeralda de la ciudad de Río Bueno, uno de los lugares de mayor movimiento del centro la ciudad por estar situada en uno de los cuatro vértices que forma la Plaza de Armas, se haya enclavado, inamovible e imperturbable, viendo transcurrir el devenir del tiempo con sus ojos azules, el kiosco de diarios, revistas y confites Efraín.

El kiosco de madera, pintado de azul, ha estado observando impasible, desde el año 1966 en adelante, todos los acontecimientos históricos y sociales que han ocurrido en su entorno, sean estos aciagos o felices, públicos o furtivos, solemnes o bulliciosos, y que han ocurrido en la plaza desde entonces.

Y si el kiosco hablara nos podría revelar un verdadero notición (por antonomasia o metafóricamente, ya que a diario nos entrega las últimas noticias) que se ha mantenido en secreto desde una nefasta (y nefanda) madrugada del mes de noviembre del año 2014, ya que fue el único testigo (un testigo clave y si-

lencioso) que vio cómo se quemaba, o cómo quemaban, la mítica y bella Casa Furniel, la casona de madera (embruja o no) de tres pisos, declarada monumento nacional, que estaba ubicada precisamente en la esquina opuesta, en diagonal, y a escasos metros.

Porque el kiosco, al estar instalado en un lugar tan estratégico, goza de una vista privilegiada, única y envidiable para los que quieren estar bien informados. Por allí, por la calle Esmeralda, pasan, por ejemplo, todos los buses, provinciales e interprovinciales, que salen de Río Bueno hasta el Cruce Los Tambores (y que después siguen con destino a Osorno, La Unión, Valdivia o Santiago), también pasan por allí las procesiones que hacen los fieles católicos a la Virgen María, y los desfiles en homenaje a Caupolicán que hacen las comunidades mapuche, y las marchas de los adherentes de algún candidato a un cargo político en tiempo de elecciones, y las de protesta de algunos huelguistas por demandas salariales, o las de apoyo de algo o de en alguien, que siempre son las menos, y en septiembre deambulan por allí todos los que participan en el desfile cívico militar en fiestas patrias: militares, estudiantes, bomberos, clubes de huasos, jardines infantiles, agrupaciones de adultos mayores, los infaltables borrachos y los perros vagos; por allí transita también toda la gente que viene de los sectores rurales al banco de lunes a viernes a realizar sus trámites o a cobrar sus bonos, o los que se acercan

a la iglesia a pedir algún favor del Altísimo, o a la farmacia a comprar sus remedios y menjunjes, o a la municipalidad a pedir o a vender cualquier cosa; o se puede ver una pareja de “tortolitos” que se besa recatadamente bajo un árbol añoso, o a los grafteros que rayan la glorieta con sus garabatos, o a los jóvenes que alardean en sus patinetas, o a los que hacen piruetas en sus bicicletas, o a los evangélicos que predicán el apocalipsis a voz en cuello, a los estudiantes que hacen la cimarra, a los mochileros y pedigüños locales macheteando a los transeúntes, a los amantes furtivos que fingen un encuentro casual, a los niños lengüeteando sus helados, a los abuelos paseando a sus perros...

La primera vez que entrevisté a Geraldina Isabel Delgado Soto, la suplementera romántica (así la bauticé), riobuenina de corazón, nacida el 01.12.1961, me hizo pasar al interior de su kiosco y, sentado en un banquito que me ofreció, pude ver por primera vez, y con vista panorámica, desde la ventana sin vidrios que da hacia la plaza, todo el acontecer de una ciudad con olor a pueblo. Todo lo que ocurre en ese centro social y neurálgico bajo la atenta mirada del forzudo y paliducho toqui Caupolicán que carga sobre su hombro derecho un tronco de árbol, y pude vislumbrar cómo palpita la vida de sus habitantes en su ir y venir cotidiano. Por eso, lo primero que le digo a Geraldina para entrar en confianza y distender el ambiente es: “La vista privilegiada

de este kiosco debe ser el sueño anhelado de cualquier vecina fisgona”. Y ella responde con su amplia sonrisa.

Efraín Delgado, ya fallecido, conocido por el apodo de Olimpa, padre de Geraldina y de seis hijos más, fue quien inició el negocio de los diarios cuando existía el antiguo terminal de buses en la calle Independencia, frente al cuartel de la cuarta compañía de Bomberos, a media cuadra de la Plaza de Armas. Fue el tiempo glorioso de los diarios y revistas en Chile, y por extensión de los suplementos y los “canillitas”, que eran los niños que voceaban los diarios por las calles o los entregaban en sus casas u oficinas a los antiguos clientes. Y fueron tiempos gloriosos porque todo el mundo se informaba de las noticias de Chile y el mundo a través de los diarios y de las radioemisoras de amplitud modulada. Estamos hablando de principios de los años sesenta y posiblemente de finales de los años cincuenta.

Geraldina me cuenta que en ese tiempo se vendían cuatrocientos diarios El Mercurio los días domingo, y la misma cantidad de diarios La Tercera los días miércoles, que nuestros padres compraban sagradamente porque entre sus páginas venía inserto el suplemento Icarito, que era un importante apoyo que tenían los profesores para impartir las enseñanzas a sus hijos.

Recuerdo, porque soy un nostálgico de primera, que mis hermanas y yo recortába-

mos los dibujos, fotografías, mapas e ilustraciones del Icarito para hacer nuestras tareas. Y que muchas veces preparábamos prolijas carpetas (con ayuda de nuestros padres) con un tema específico que nos pedía el profesor con la finalidad de subir las notas cuando no eran muy buenas que digamos.

Cuando aparecieron los primeros televisores y comenzaron a dar los telediarios o noticieros, la gente se empezó a informar a través de ese medio. La tele era más entretenida porque mostraba imágenes y videos relacionados con las noticias. Entonces se produjo un cambio en la sociedad y la tele conquistó a lectores de diarios y a radioescuchas, que optaron por la modernidad y la tecnología. La venta de diarios mermó considerablemente, pero siguió sobreviviendo a pesar de todo. Resultó ser un hueso duro de roer. El golpe de gracia a los diarios se lo dieron los teléfonos móviles convencionales y más adelante los smartphones o teléfonos inteligentes, y Google e Internet y Wikipedia, porque ya no hubo necesidad de ir a un kiosco a comprar el diario para informarse de las últimas noticias y de todo lo que estaba sucediendo, porque lo que queríamos saber se podía obtener en pocos segundos, sentados cómodamente en nuestro living o desde que abríamos un ojo por las mañanas, mirando la pantalla de nuestros teléfonos celulares.

Esa es la verdad, reconoce Geraldina, a quien sus amigos llaman Quela o Quelita,

y que es una mujer simpática, positiva y de sonrisa fácil. Y que es, sobre todo, una mujer romántica, no necesariamente romántica en el amor, que también lo es, sino en el sentido que valora, expresa y evoca los sentimientos, los sueños, los afectos y los ideales de una época mejor. Ella no me lo dice con estas palabras, pero entiendo que por eso está todos los días atendiendo el kiosco Efraín y vendiendo unos cuantos diarios y confites; lo hace, más que nada, para cumplir con sus antiguos clientes. Pero principalmente porque le prometió a su padre que continuaría con el negocio familiar y también por un compromiso que hizo con su madre. En eso radica su romanticismo.

Dice que no es un negocio rentable y que la venta es variable, pero es lo que le gusta hacer porque ella es muy sociable, y eso le permite compartir con muchas personas. También reconoce que el suyo es un oficio que se está acabando. Y que tarde o temprano va a desaparecer.

Geraldina ha hechos de todo y se declara una buscavidas: quiso ser carabinera cuando joven, pero su familia no la apoyó, después quiso ser monja y se fue a la congregación de Las Hermanas de la Santa Cruz de Cunco, donde permaneció durante tres años. Dice que allí aprendió valores cristianos y de servicio que le han acompañado siempre. Pero tampoco fue monja.

Después quiso probar suerte en Argentina y se fue sin avisarle a nadie, sin dinero

y solo con lo puesto; en el trayecto una señora argentina que viajaba a Bariloche con su hija le ofreció el trabajo de niñera. Dice que su experiencia en Argentina fue muy dura al principio porque tuvo que trabajar en distintos lugares desempeñando diversos oficios: trabajó de niñera, mesera y cocinera, entre otras cosas. Vivió en Bariloche, Buenos Aires y Comodoro Rivadavia.

Y aunque se fue “por un tiempito, unos días o un par de añitos”, como dice la canción “Voy pa’ Mendoza” de Willy Bascuñán, se quedó veinticinco años en Argentina. Allí terminó sus estudios secundarios (en Río Bueno los había abandonado después de terminar primero medio) y luego siguió estudios técnicos universitarios especializándose en geriatría. Después de egresar, trabajó quince años en hogares de ancianos y luego cuatro años más en hogares de menores.

Mientras vivió en Argentina conoció a Edgardo Ríos Ceballos, un ex policía, del que se enamoró perdidamente. Dice que la conquistaron sus detalles: era (y sigue siendo) atento, cariñoso, respetuoso y comprensivo. Por su parte ella, mujer sabia, lo conquistó por el estómago, a punta de pizzas, ravioles, ñoquis, lasañas y tallarines caseros, ya que se declara una apasionada de la comida italiana.

Llevan treinta y cuatro años de casados. Y tienen una muy linda relación.

Regresó veinticinco años después de marcharse a su Río Bueno (“el que se va sin

que lo echen vuelve sin que lo llamen”), pero esta vez acompañada de su esposo. Al poco tiempo de llegar se hizo cargo del kiosco familiar, mientras que su galante marido continuó trabajando como conductor de camiones, tal como lo hacía en Argentina.

Más tarde, Geraldina convalidó sus estudios en el liceo vespertino Cardenal Raúl Silva Henríquez, y mucho más tarde estuvo participando un tiempo en un grupo de danza gitana tribal.

Dice que le gusta leer y que de vez en cuando escribe poemas. Y que cada dos meses viaja con su esposo a Argentina a ver a la familia y a los amigos que dejó allá.

Es buena onda la Quelita. Me despido de ella con un hasta pronto y un beso en la mejilla. La verdad es que me encantó conocerla, porque en este mundo faltan personas idealistas, generosas, optimistas y simpáticas como ella, pero lo que más faltan son personas románticas.



# 62

DALMIRO SAMUEL  
RÍOS FUENTEALBA

## UN TAPICERO SINGULAR

creación de superficies de asiento acolchadas. Desde el antiguo Egipto hasta la antigua Roma, los primeros tapizados se ocupaban principalmente de proporcionar amortiguación y apoyo a sillas, asientos y sofás. Sin embargo, fue durante el Renacimiento en Europa cuando la tapicería comenzó a florecer como una forma de arte por derecho propio. Tapicería hecha a mano por expertos artesanos, utilizando técnicas transmitidas de generación en generación. Una de las características definitorias de la tapicería tradicional es su dependencia de la artesanía manual. Los tapiceros, poseen un conjunto único de habilidades que les permiten transformar materias primas en muebles exquisitos.

La tapicería tradicional es un oficio que evolucionó a lo largo de los siglos para acolchar y cubrir sillas, asientos y sofás, antes del desarrollo de las máquinas de coser, los tejidos sintéticos y la espuma plástica. El uso de una plataforma de madera maciza o palmeada (esqueleto) puede implicar el uso de resor-

Para hablar con propiedad de un maestro tapicero, es necesario que sepamos primero de qué se trata la TAPICERÍA.

La tapicería tradicional tiene sus raíces en civilizaciones antiguas, donde la necesidad de comodidad y funcionalidad llevó a la

tes, amarres, rellenos de pelos de animales, lanas, arpillera, cáñamo, bridas, costuras invisibles, costuras superiores, bandada y guatas, todo construido a mano.

Gracias Wikipedia por compartirnos esta información tan necesaria como pertinente.

Ahora intentaré, por mi cuenta y riesgo, y sin más herramientas que mi voluntad y entusiasmo, tapizar la pantalla de mi computador con una serie de símbolos reconocibles llamados letras, la trama de un oficio y un personaje, la urdimbre de un texto comprensible para todos, que no pretende otra cosa que resaltar una labor que aún se sigue realizando a pesar de las zancadillas y codazos implacables de la modernidad y la tecnología, que avasalla y se impone sin ningún respeto por las costumbres y las tradiciones populares y desprecia todo lo que tenga un valor patrimonial, tangible o intangible. Me hago responsable por esta opinión.

Y ahora vamos al grano.

Les quiero presentar a Dalmiro Samuel Ríos Fuentealba, nacido el 12 de octubre del año 1949 (tiene 74 años de edad para que no saquen cuentas) en Río Bueno, ciudad donde se crio y vive hasta el día de hoy.

Por lo que me dice y por lo que investigué, es uno de los últimos maestros tapiceros de la vieja escuela que siguen realizando este oficio en Río Bueno.

Un oficio en vías de extinción, comienza di-

ciendo Dalmiro en nuestra primera entrevista realizada en el living de la gran casona familiar ubicada en la calle Ejército Libertador 865 de Río Bueno, donde vive y tiene su taller, en el que trabaja junto a su hermano. Afuera de la casa hay un letrero hecho a mano por él (confiesa orgulloso), que reza: "Reparaciones de tapices de automóviles y muebles. Ejército Libertador 865".

Me hace pasar al living de la casa, así que no alcanzo a conocer el publicitado taller donde trabajan él y su hermano; me ofrece asiento en un sillón antiguo y pequeño tapizado artísticamente con una tela gruesa de color amarillo, hay dos iguales, uno al lado del otro. Él se sienta en otro sillón de un modelo muy distinto y más moderno, a un costado de los sillones hay una mesa de madera que sostiene una gran lámpara encendida. Me dice que el sillón en el que me acabo de sentar, es un modelo Luis XV, Luis XIV, Luis XVI o Luis Miguel, no le entiendo bien, y yo, que me declaro un ignorante en estos temas, opto por catalogarlo solo como un sillón antiguo, donde el color amarillo le da un toque de modernidad y de alegría a esa amplia sala algo sombría.

Luego me enseña las bondades de su trabajo valiéndose del otro sillón gemelo que está a mi lado: "Estos sillones los tapicé usando la técnica de antes", me dice, "tienen resortes, por eso son blandos y cómodos y no se deforma su superficie por el uso; ahora ya no fabrican resortes, y a las sillas y juegos de

living que venden en las mueblerías y tiendas los rellenan con espuma, pluma o fibra, o bien, una combinación de todas ellas y eso redundante, en definitiva, en la calidad”.

“Ya nada volverá a ser como antes”, reflexiona..., o sentencia.

Está orgulloso de su trabajo, pero yo, que suelo ser suspicaz, perspicaz e intuitivo, percibo la doble lectura de su desencanto.

A Dalmiro le gusta conversar. Tiene la labia del dirigente y del político.

Y habla de todo lo que ha hecho y lo que le gusta.

Menos de tapicería.

No habla mucho de su oficio, le hace el quite, no es un apasionado de la tapicería, eso salta a la vista, por eso pienso que está algo desencantado, o porque comprende que es uno de “los últimos tapiceros que quedan”.

Me confiesa que su pasión siempre ha sido ser dirigente, dirigente de lo que sea: deportivo, gremial, social. Por eso me cuesta traerlo de vuelta al hilo de nuestra conversación, porque se pone a hablar de otras cosas (que son las que realmente le apasionan) mientras yo trato infructuosamente de hilvanar la entrevista (con la fina aguja de la paciencia) dejando de lado “el revés de la trama” (recuerdo al escribir esto una novela de Graham Greene que lleva ese título).

Dalmiro pudo realizar muchas otras cosas en su vida, pero terminó siendo un maestro tapicero (o tapizador, como me corrigen

los sabihondos de la RAE).

Pudo ser futbolista profesional como Elías Figueroa, por ejemplo. Dice que jugaba de interior derecho (con el número 8 en la casaca), y que fue futbolista profesional porque un día se fue a “probar” a un club de Osorno y se quedó jugando allí porque impresionó al entrenador y a la dirigencia con su depurada técnica, y que, por sus méritos deportivos le comenzaron a pagar un sueldo, que no era gran cosa, pero era un sueldo al fin al cabo, lo que lo convertía, en estricto rigor, en profesional.

Dice que terminó su sexto año de humanidades (hoy equivalente al cuarto medio) en el liceo de Río Bueno, el que funcionó en la casa Furniel, conocida como “El Palacio de las lágrimas”, que fue incendiado y reducido a cenizas el año 2014. (Nadie me ha podido decir claramente en qué fecha comenzó a funcionar como liceo esa casona, y durante cuánto tiempo lo hizo, lo único que se sabe es que en algún momento fue adquirida por la I. Municipalidad de Río Bueno para habilitar en sus dependencias distintas oficinas. Lo que sí tengo claro es que en el año 1965 se produjo una reforma educacional en Chile que cambió los estudios de humanidades (primero a sexto) por la educación secundaria (primero a cuarto medio).

Dice don Dalmiro que también estudió en la escuela normal que existía en la ciudad de La Unión, que se alcanzó a recibir de pro-

fesor e hizo la práctica para recibir su título profesional, pero que nunca ejerció como tal ya que descubrió que no tenía vocación para eso. Cuando dice que se alcanzó a recibir de profesor, se debe referir a que lo hizo antes del mes de marzo del año 1974, que fue la fecha en que la dictadura militar cerró todas las escuelas normales de Chile. Lo concreto es que nunca trabajó como profesor.

Dice que después del golpe militar estudió para trabajar como empleado administrativo de Correos de Chile, pero que se retiró después de laborar allí durante algunos años porque descubrió que no era lo suyo.

Cuando le pregunto si tiene familia me dice que no, que no tiene esposa ni hijos, y que ha sido siempre un soltero empedernido porque ama su libertad.

Y así sigo intentado sostener infructuosamente esta entrevista que pretendía hablar un poco del oficio que lo identifica y que él elude mediante distintos artificios o fintas, como cuando jugaba fútbol con el número 8 en su casaca.

En un momento me ofrece una sólida charla sobre las carreras a la chilena y de la necesidad imperiosa de que cuenten con un reglamento que los rija, similar al instituido en el Hipódromo Chile, aunque está consciente de la dificultad de poder concretarla por los códigos secretos, artimañas y contubernios que manejan los mandamases de las competencias criollas.

En un momento me habla de los tiempos en que perteneció a la directiva del centro de padres del colegio Santa Cruz, ya que era apoderado de uno de sus sobrinos, que hoy es veterinario.

Y sigue platicando animosamente de los tiempos en que fue dirigente deportivo. Específicamente en la rama del fútbol.

Por un momento logro llamar su atención y me habla otro poco de su oficio, me dice que sigue haciendo trabajos de tapicería (porque de eso vive), y que lo que le reporta mayores beneficios en la actualidad es la tapicería de autos (de los asientos de los autos, se supone). Dice que ya no trabaja diseñando o creando muebles, y que se dedica más bien a reparar los que le llegan a su taller. Dice que a la gente no le conviene encargarse un juego de living como se estilaba antes, porque les sale más barato adquirirlo en una tienda, pero que aún tiene clientes que prefieren un trabajo de calidad y duradero.

Dice que también ha sido dirigente del club de rayuela de Río Bueno (se vuelve a extraviar por los derroteros de la dirigencia), concretamente de la asociación de tejo plano.

Y yo, que estoy cómodamente sentado en su sillón Luis XV o Luis Miguel, lo escucho atentamente y, para que no se sienta mal, le hago un par de preguntas sobre la rayuela, olvidándome de la tapicería por un rato... o para siempre.



# 66

HAYDEE DEL CARMEN  
COLIHUINCA FILCUN

## UNA MELANCOLÍA TAN PERSONAL

*“La poesía no sirve para nada me dicen  
Y en el bosque los árboles se acarician  
con sus raíces azules y agitan sus ramas el aire saludan-  
do con pájaros  
el rastro del Avestruz*

*La poesía es el hondo susurro de los  
asesinados el rumor de hojas en el otoño  
la tristeza por el muchacho que conserva la lengua pero  
ha perdido el alma*

*La poesía, la poesía  
es un gesto, un sueño, el paisaje  
tus ojos y mis ojos muchacha  
oídos corazón, la misma música*

*Y no digo más, porque nadie encontrará  
la llave que nadie ha perdido*

*Y poesía es el canto de mis Antepasados  
el día de invierno que arde y apaga  
esta melancolía tan personal”.*

*La llave que nadie ha perdido  
(De Sueños Azules y Contrasueños, 1995).*

**Elicura Chihuailaf**

La llave que nadie ha perdido, a la que alude Elicura Chihuailaf en su poema, es una indirecta a la llave que abre el poema Arte Poética de Vicente Huidobro, cuando dice: “Que el verso sea como una llave que abra mil puertas”, pero Huidobro no es mapuche. Y no conoce, como Chihuailaf, la historia de su pueblo. La poesía de Elicura es la voz de los silenciados, la que testimonia el silencio histórico de su etnia, una voz acallada y mutilada durante años y siglos. La palabra, por otro lado, es la raíz de encuentro con su entorno primario, con su semántica existencial, desde donde fluyen las aguas que conforman el canto de la “llave” viva.

Haydee del Carmen Colihuinca Filcun, nació el 03.06.1965 en la comunidad mapuche-huilliche de Litrán, cerca de Crucero, comuna de Río Bueno. Nació en la casa de su abuela, que era comadrona o partera. Hoy Haydee, después de pasar por muchas vicisitudes durante su vida, trabaja como educadora tradicional en el colegio Bicentenario “Oscar Daniel” de Crucero.

“Tengo cuarenta y cuatro horas semanales”, me cuenta con indisimulado orgullo. La asignatura que imparte se llama: “Lengua y Cultura de los Pueblos Originarios Ancestrales”, antes se llamó “Lengua Indígena”, y en sus orígenes este inédito proyecto se llamó EIB (Educación Intercultural Bilingüe). Hoy es considerada como una profesora más en el colegio con todos sus privilegios y responsa-

bilidades.

Haydee es kimelfe, que, en mapudungun, su lengua ancestral, significa hombre y mujer que enseña. Y ella enseña su cultura, su lengua, su cosmovisión, aquella que habita el lugar de los elementos naturales, que es la conexión con su memoria y sus experiencias vinculadas a la naturaleza, junto a árboles y animales silvestres, junto a los espacios rurales de su infancia.

La tristeza del muchacho del poema que conserva su lengua originaria es la resistencia al pensamiento unidimensional. Su lengua ha sido confinada a los espacios privados, a los espacios de intimidad en las moradas de las familias mapuche. Un dialecto empleado en forma clandestina, una voz para ser comunicada en voz baja y oculta, porque no es una lengua permitida en la esfera del invasor. Es una lengua del silencio, y aunque ese muchacho y Haydee han conservado su lengua madre, les han arrebatado su ser, su sentido y forma de habitar la tierra, les han arrebatado su forma de vida, su genuina voz de pertenencia a la geografía propia, al mundo interior subyugado por la cultura hegemónica que ha rasgado su verdadero ropaje y su identidad espiritual, que ha pretendido anularlo o borrarlo del mapa.

Pero Haydee lo superó todo, y se volvió a enderezar cada vez que quisieron derrumbarla o derrotarla, eso nos consta al verla hoy, pero todo lo que ha sufrido en su vida, en su

fuero interno, lo ignoramos, lo desconocemos, aunque lo intuimos, porque lo que hoy se llama bullying, antes se llamada desprecio y escarnio, se llamaba burla y menoscabo, se llamaba (y se sigue llamando) discriminación.

Haydee lo superó todo, pero no olvidó el maltrato, ni el chiste cruel, ni la infamia. No olvidó nunca al profesor que la llamaba la “indiecita” en Lago Ranco, ni olvidó cuando en el liceo hablaban de su etnia como si fueran bárbaros o indios salvajes. Aún le duele, aún la entristece, aún se emociona, aún le tiembla la voz, aún se le empañan los ojos (después de tanto tiempo), cuando lo recuerda. Y nosotros (todo el equipo involucrado en este hermoso proyecto: Daniela, Cristian, Camilo y yo) que la escuchamos atentamente alrededor de una mesa preparada para la ocasión en la biblioteca del colegio de Crucero, nos estremecemos, nos conmovemos, nos compadecemos...

Después nos habla con cariño de su comunidad de Litrán, donde convive y comparte junto a sus hermanos, donde siembra y cosecha sus hortalizas, que antes de ser kimelfe comercializaba en la feria de chacareros de Río Bueno para ayudar a su sustento. En su comunidad desempeña el cargo de “Guillatufe”, que es la que intercede o sirve de conexión con el mundo espiritual para pedir por el bienestar, fortalecer la unión de la comunidad o agradecer los beneficios recibidos.

Nos habla del simbolismo del vestuario ceremonial y del cultrún o kultrun. Y nos

dice que podría hacerles una clase a sus estudiantes hablando solo de ese instrumento, que es mucho más que un instrumento musical; es un objeto sagrado que acompaña sus ceremonias y es símbolo de su identidad.

Nos habla con orgullo de la asignatura que imparte a los estudiantes de educación básica de la escuela (de quinto a octavo), de los objetivos y de la evaluación, de los libros que tiene que llevar y de los informes. Nos habla de todas las facilidades que le da su directora, la señora Cecilia. Nos habla de los cuatro ejes del programa que debe realizar: patrimonio cultural, tradición oral, comunicación oral y cosmovisión. “Ya no se trata de enseñarles algunas palabras del mapudungun o mapuzungun a los estudiantes”, nos dice, “es mucho más que eso, es darles a conocer nuestra cultura, nuestra espiritualidad y nuestra cosmovisión”

Nos confiesa que a veces sus clases son mejor recibidas y aceptadas por los estudiantes sin ascendencia (así les llama), que los estudiantes de su propia etnia donde prevalecen, más que sus creencias ancestrales, las religiones que profesan (y les imponen) sus padres.

Nos dice que ella no estudió pedagogía en ninguna universidad, que solo cursó hasta cuarto medio, pero que para ser una “educadora tradicional” no le exigen tener un título profesional, solo una preparación especial, pero sí debe tener el apoyo de su comuni-

dad. En su caso la comunidad mapuche-huilliche Litrán la debió validar para desempeñar ese cargo.

Dice que en la escuela tiene un patio con rewe (el rewe es un tótem o tronco escalonado clavado en la tierra que puede estar rodeado por ramas de canelo - árbol sagrado mapuche -, que en algunas ocasiones lleva en la parte superior una representación de un rostro humano), que es un símbolo de gran importancia, ya que simboliza la conexión con el cosmos, y que se usa en celebraciones importantes como el machitún, guillatún y el We Tripantu (año nuevo mapuche) entre otros.

Cuando le pregunto sobre su familia, me responde que tiene un hermano y una hija, “soy madre soltera”, me dice, “pero no me avergüenzo por eso”. Su hija se llama Milla-ray, nació en Vivanco, estudió pedagogía en la universidad y se tituló como profesora con mención en matemáticas, pero actualmente trabaja de kimelfe en un colegio, al igual que ella y lo hace por propia decisión. Esa herencia ancestral, esa proyección del patrimonio cultural de su etnia a través de su única hija, la llena de orgullo y satisfacción, porque ella, nos dice, que tiene formación universitaria, puede entregar de mejor forma sus conocimientos a los estudiantes.

Pero Haydee, a pesar de sus limitaciones (en lo que respecta a la formación académica), está conforme con lo que hace, porque la suya es una historia de coraje y superación,

pero también tiene mucho de vocación y de resarcimiento (de revancha), y aquí vuelve a recordar al profesor que la humillaba en Lago Ranco y que la marcó, pero se propuso desde entonces no ser como él y dedicarse solo a enseñar (si alguna vez tenía la oportunidad de hacerlo) de otra manera, de una manera más humana, justa, generosa y fraternal, pero sobre todo sin odiosas diferencias.

Quise titular esta historia como: Una melancolía tan personal, robándole el último verso al poema de Elicura Chihuailaf, donde el hablante lírico (que podría ser Haydee) dice que la poesía es el canto de sus Antepasados, y es el día de invierno que arde y apaga su personal melancolía. Porque en los ojos de Haydee, educadora tradicional del colegio de Crucero, atisbo una tristeza de siglos, porque en su sonrisa se advierte un dolor callado, porque a pesar de sentirse contenta y realizada con lo que hace hoy, prevalecerán siempre, ocultas bajo la piel de su alma, la tristeza, el desasosiego y la desesperanza. Y es aquí que me atrevo a preguntarle con la osadía o la audacia del escritor, quizás intuyendo (o temiendo) su respuesta: “Haydee, ¿usted se considera chilena?”, y ella, sin pensarlo dos veces, responde con seguridad: “no”.

Y no me sorprende su respuesta.

Cuando ya vamos de regreso a Río Bueno pienso que ellos y nosotros podríamos ser hermanos algún día, sin diferencias, sin dobleces, aunque ella siga siendo mapuche y

yo deje de ser un huinca usurpador, ladrón y mentiroso (como nos siguen considerando), porque lo único que espero, después de conocerla, es que se siga manteniendo viva la lengua y cultura de nuestros pueblos originarios ancestrales, y que ella y todas las educadoras tradicionales, sigan formando estudiantes con competencias interculturales que conozcan y valoren su cultura, dialoguen con quienes convivan y puedan desenvolverse en contextos culturales diversos.



71  
JORGE HERNÁN  
OJEDA SANHUEZA

MISTER  
POSTMAN  
(EL SEÑOR CARTERO)

*"Please mister postman, lock and see  
If there's a letter for me"  
(Por favor, señor cartero, mire y vea  
si hay una carta, una carta para mí)*

*Dobbins-Garret-Holland-Bateman-Gorman  
(En la versión de The Carpenters)*

Estimado lector:

Llegue a usted, ante todo, mi saludo afectuoso y el deseo ferviente de que se encuentre bien, tanto física como espiritualmente, junto a los suyos, y con buena disposición de ánimo para leer lo que a continuación le quiero compartir.

El principal motivo de esta misiva es hablarle de un personaje de Río Bueno que seguramente usted conoce o ha visto muchas veces, en invierno y verano, recorriendo las calles de nuestra ciudad, ya sea a pie o montado en una bicicleta, para entregarnos una carta.

Una carta de notificación o de cobranza generalmente en los tiempos que corren, ya que las cartas familiares y las cartas de amor pasaron a la historia hace tiempo y murieron decapitadas bajo la guillotina de la modernidad y la inmediatez.

Me pregunto, estimado lector, lo siguiente: ¿cuántas veces llamará don Jorge,

que es el nombre del cartero del que les hablaré, cuando llega a su casa a entregar una carta? Es posible que ni siguiera lo haga y simplemente meta el sobre por debajo de la puerta, “o lo deje bajo el felpudo o detrás de un macetero”, como habían convenido previamente.

Al pensar en este detalle baladí, recuerdo una novela de James M. Cain titulada *The Postman Always Rings Twice* (El cartero siempre llama dos veces). En esa novela, por si no la ha leído, ¡nunca aparece un cartero!, pero sí aparece un pillo de siete suelas que seduce a la esposa de un comerciante griego que le da trabajo de mecánico, y que ambos, unidos por el ardor y la ambición, se transforman en amantes. Pero aquí viene lo bueno, el autor explicaría más tarde que le puso ese extraño nombre a su libro porque antes de que lo aceptaran para su publicación, lo rechazaron muchas veces, y que cada día que el cartero traía una carta de rechazo llamaba dos veces.

Jorge Hernán Ojeda Sanhueza, nació en Tegalda, un pequeño poblado ubicado cerca de Fresia, en la Región de Los Lagos, el 24 de diciembre de 1960. Cuando tenía un año de vida se vino con su familia a vivir a Río Bueno. Su padre era carpintero. Fue el mayor de cinco hermanos, tres hombres y dos mujeres. Más tarde realizó sus estudios básicos en la escuela Patricio Lynch.

Pienso en otras novelas sobre carteros o relaciones epistolares para crear la atmósfe-

ra de este relato. Y lo primero que veo es una gran nariz. La de Cyrano de Bergerac, el prototipo del héroe romántico, un soldado francés poco agraciado, deformado por una gigantesca nariz, pero de vivaz ingenio que está enamorado de su prima, la hermosa Roxane, que a su vez quiere al apuesto Christian de Neuvillette. Este joven sí es guapo, pero no demasiado ingenioso. Así que llega a un trato con Cyrano para que le escriba sus cartas de amor a Roxette. Ella, sin sospechar la verdad, confiesa que ahora ama a Christian por su personalidad, no por su atractivo físico. Lo anterior es una obra de teatro escrita por Edmond Rostand, estrenada en 1897. Pero no he pretendido hablar aquí de un amor no correspondido sino de la importancia de una carta.

Don Jorge es alto, delgado y de cabello cano; usa lentes ópticos y se caracteriza por lucir una sonrisa dulce y bonachona en su rostro mientras realiza su trabajo..., y su trabajo ha sido siempre el de entregar cartas, telegramas (antes) y paquetes llegados de China a través de Mercado Libre (hoy), en todas las casas, oficinas, negocios (incluidos los prostíbulos) de Río Bueno durante cuarenta y cinco años de su vida. Porque entró a trabajar al Servicio de Correos y Telégrafos en tiempos de la dictadura militar cuando tenía diecisiete años de edad, adscrito al PEM (Programa de Empleo Mínimo). Estuvo cinco años entregando perfumadas cartas de amor, giros postales y telegramas por todos los barrios de Río Bue-

no bajo la lluvia o los rayos del sol dejando los pies en la calle y haciéndole el quite a los perros bravos que intentaron morderle las canillas. Mientras estuvo en el PEM terminó sus estudios secundarios en el liceo Vicente Pérez Rosales en la jornada nocturna. En ese tiempo pensó en ser marino y surcar los mares en grandes barcos, pero cuando fue a postular, vio que había quinientos postulantes antes que él y desistió. Cuando le tocó presentarse a Servicio Militar Obligatorio lo mandaron de vuelta a la casa porque había suficiente contingente. Estaba claro: el destino quería que fuera cartero. Y si iba a ser cartero, sería el mejor..., y no sé si habrá sido el mejor, pero sin duda es el más conocido y el más querido.

Recuerdo otro libro sobre carteros: *El Cartero de Neruda*, del escritor chileno Antonio Skármeta, que originalmente se llamó *Ardiende paciencia*. La novela trata de un joven cartero (que renunció a ser pescador como su padre) destinado a trabajar en Isla Negra, donde el único que enviaba y recibía cartas era Pablo Neruda. El joven, en algún momento, se enamora de una chica y se hace amigo del poeta. Neruda lo ayuda a conquistar a su amada y le enseña lo que es una metáfora. La historia transcurre a fines de los sesenta y principios de los setenta, hasta el golpe de estado en Chile, en un contexto histórico que marcó y polarizó a nuestra patria en furibundos adeptos y detractores hasta el día de hoy.

Don Jorge pasó directamente del PEM a la Empresa de Correos de Chile (Hoy llamado CorreosChile) a fines del año 1983, y se ha mantenido allí durante cuarenta años realizando el trabajo de cartero, ya sea a pie o en bicicleta... Me cuenta que vivió hasta los treinta y tres años en casa de sus padres, luego se enamoró hasta las patas de María Jara Navarrete con quien se casó tras varios años de convivencia. María, el amor de su vida, lo acompañó durante veinticinco años, y él fue como un verdadero padre para las tres hijas de ella. Don Jorge es viudo, perdió a su esposa hace diez meses a causa de esa terrible enfermedad que no quiero nombrar, y su pérdida aún está latente y sus ojos se empañan al recordarla, y yo me conmuevo al verla. “Siempre andábamos de la mano por todas partes”, me dice con la voz quebrada por la emoción mientras trata de ocultar una lágrima con su mano temblorosa “Todavía me cuesta llegar por las tardes a la casa porque ya no está ella”. Don Jorge es un hombre noble, bondadoso y respetable.

Mi cerebro trabaja a toda máquina y mi mente procesa varias imágenes relacionadas con carteros literarios y cartas: Miguel Strogoff de Julio Verne, El cartero del rey de Rabindranath Tagore..., me llegan volando del alto cielo las catorce epístolas de San Pablo y una de Oscar Wilde, *De Profundis*, que escribió en la cárcel de Reading a su amante Alfred Douglas (Bossie)..., surgen las cartas

de amor de Albert Camus y María Casares, de Gabriela Mistral y Doris Dana, y de otros amantes clandestinos (las del mismo Neruda y Matilde Urrutia, que mantuvieron un tórrido romance a espaldas de la "Hormigueta"). Pero me quedo con la primera novela escrita por Charles Bukowski (titulada precisamente *Cartero*), donde nos presenta a su alter ego Henry Chinaski. En su novela describe los doce años que estuvo empleado en una sórdida oficina de correos de Los Ángeles, y termina cuando deja su miserable empleo a los cuarenta y nueve años para dedicarse exclusivamente a escribir. Estar atrapado en los engranajes de una burocracia desalmada y cruel no es trabajo para un borracho irreverente, provocador, marginal y genial como él. Uno de los últimos escritores malditos de la literatura norteamericana, y portaestandarte del "realismo sucio". Un hombre de esa calaña no podía ser cartero para siempre.

Antes de finalizar la entrevista con don Jorge le digo que me cuente algunas anécdotas que le hayan ocurrido en el desempeño de su labor. Y lo hace: Me cuenta que años atrás había un lenocinio al final de calle O'Higgins, llamado El Molino, donde estaban las prostitutas más lindas de Río Bueno, y que allí llegaban todos los ricachones; esa casa estaba en su recorrido y a él le correspondía llevarle las cartas a las asiladas, dice que eran muy simpáticas y que le decían en tono de broma que se diera una vueltecita por allá cuando finali-

zara su turno. Recuerda que cuando todavía corría el tren, a uno de sus colegas le tocaba ir a retirar las valijas con la correspondencia y, para hacer menos ingrata la espera, se iba a dar una vuelta por el mítico prostíbulo El Camaleón. Más tarde llegaba a la oficina como huasca conduciendo su triciclo, y los demás colegas lo mandaban a dormir la mona debajo de uno de los mesones. Dice don Jorge que los perros de Río Bueno ya lo conocen y por eso no lo muerden, pero que algunos todavía le pegan la desconocida, y que hace poco un perro le pegó un tarascón en una de sus corvas, pero gracias a Dios el can no tenía dientes, o si no le hubiese sacado un pedazo, y que hace solo unos días atrás se le abalanzó otro perro mientras iba en la bicicleta eléctrica que ahora conduce y que, al frenar para zafarse del quiltro, se fue de narices al suelo, literalmente. Lo tuvieron que llevar al hospital. Dice que una vez iba por la calle con su esposa (tomados de la mano) y una señora lo detuvo para agradecerle por todas las cartas que le había entregado, porque eran de su novio que estaba lejos y que después de eso se habían casado y eran muy felices.

Estimado lector, esto es lo que quería contarle a grandes rasgos a través de esta carta. Espero que la haya leído con interés y respeto, y que haya conocido un poco más a don Jorge, nuestro querido cartero.

Se despide afectuosamente de usted.

Iván Espinoza Riesco  
Escritor

Post Data:

Reciba también los saludos cordiales de los otros integrantes del Equipo Ejecutor del proyecto Los últimos que quedan: Daniela Muñoz Oyarzún, Licenciada en Artes Visuales, gestora y coordinadora del proyecto, Camilo Rodríguez Saldaña, antropólogo, Cristian Arriagada Arriagada, diseñador gráfico, y Myriam Ramírez Ulloa, presidenta del Comité de Adulto Mayor Renaciendo de Río Bueno, sin cuya desinteresada participación, este proyecto no hubiese sido posible.



# 76

ALFONSO ROJEL  
NORAMBUENA

## ¿GEPETTO EN MACONDO?

Cuando visité por primera vez el taller del maestro especialista en radiadores de vehículos de Río Bueno, ubicado en la población Ejército Libertador, Pasaje González 653, y conocí a Alfonso Rojel Norambuena, un hombre simpático, acogedor y bonachón de setenta y cinco años (nació el 2 de agosto de 1948), me pareció estar entrando al taller de Gepetto, el personaje de la novela *Las aventuras de Pinocho*, del italiano Carlo Collodi. Gepetto era, según el libro, un viejo y solitario carpintero, que fabricaba originales relojes cucú y juguetes de madera, que una vez construyó de un trozo de pino una hermosa marioneta de madera en forma de niño a la que llamó Pinocho, y que más adelante un hada, para alegrarle el corazón al viejo artesano (tal como Juaco, el nieto de Rojel, le alegra el corazón a su abuelo, sobre todo cuando las oficia de ayudante), le otorgó el don de la vida y lo convirtió en un niño de verdad. Un niño travieso y algo mentirosillo, hay que decirlo. Todos conocemos esa historia que alguna vez nos contaron nuestros

padres, nuestros abuelos o nuestros profesores, o que leímos en nuestros libros infantiles, o que vimos en el cine cuando éramos niños (y cuando adultos también) maravillados por la magia de Walt Disney.

Pero Alfonso Rojel, conocido como el Rucio Rojel, el monarca de los radiadores, el cirujano del cautín, el artesano en objetos de fierro, el constructor de máquinas-herramientas, el exbombero de la segunda compañía, el exvocalista del grupo tropical Los Extras, que amenizaba hace años atrás las fiestas de su compañía, el inventor de artilugios, el restaurador de objetos raros (como una mantequillera manual que vi por ahí), y por sobre todo el abuelo chocho, que tiene un taller maravilloso lleno de sorpresas, no tiene idea quién diablos fue Gepetto. No lo sabe porque nunca le contaron cuentos infantiles cuando era niño, ya que a los seis años estaba arreglando, cautín en mano, su primer radiador. Esto lo asegura a pie juntillas: no dice que a esa edad conoció un radiador, dice que reparó uno. Y yo no tengo por qué dudar de Rojel. Si él no sabe quién fue Gepetto, nunca se pudo enterar que a Pinocho le crecía la nariz cada vez que decía una mentirilla. Pero a él no le crece la nariz cuando empieza a recordar su historia. Ergo es verídica.

Rescapitando. Cuando le dije a Rojel que su taller me parecía mágico y que él se parecía a Gepetto, me respondió: “¿y quién es ese machucado?”

Pero eso no es todo. Cuando digo que el taller del “artesano” Rojel es mágico, debo agregar que todo lo que vi y escuché la primera vez que visité su taller pertenece al realismo mágico, esa original forma de narrar del colombiano Gabriel García Márquez. Por eso puedo decir que estuve en el taller de Gepetto, pero en Macondo, el pueblo fabuloso creado por la imaginación del gran escritor. No sería un trabajo fácil. En algún momento, una vez reunido todo el material sobre Rojel para destacar su oficio, me tendría que transformar en Gordon Lish, el editor implacable de Raymond Carter, el cuentista norteamericano, y podar todo lo superfluo, todo lo intrascendente, y reducirlo a cuatro páginas, sabiendo que Rojel tiene historias suficientes para hacer su propia novela.

La primera señal de haber aterrizado en Macondo es la siguiente: el padre de Alfonso Rojel se llamaba Jacinto. JACINTO. Imagínense. Un nombre tan garciamarquiano como Mauricio Babilonia, así que al escuchar por primera vez a este hombre tan simpático recordé el comienzo de la fantástica, soberbia e icónica novela *Cien años de soledad* de Gabo: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”. Solo me bastó hacer la traslación del texto al presente y a las nuevas circunstancias: “Muchos años después, frente al mesón de trabajo, el Rucio

Rojel había de recordar aquella tarde remota en que Jacinto, su padre, le enseñó el primer radiador descompuesto”.

Me pareció entonces una historia prometedora con mariposas amarillas incluidas.

Podría escribir cualquier cosa sobre Rojel, ya que en su vida y en su taller hay material literario de sobra, pero debo circunscribirme a resaltar su oficio: “maestro especialista en radiadores”. Para adentrarnos en su historia, sin que se nos recaliente el motor de la curiosidad, debemos saber primero qué es un radiador:

“Los motores de explosión que llevan la mayor parte de los vehículos automotores, generan una gran cantidad de calor que hay que disipar. Casi la totalidad de los motores modernos en los automóviles están equipados con un circuito de refrigeración líquida, cuyo componente fundamental es el radiador, inventado en 1897 por Wilhem Maybach y mejorado por Samuel Brown. (Estos nombres le deben importar un reverendo rábano a Rojel, lo mismo que Gepetto). El radiador utiliza aire y líquido para reducir las temperaturas elevadas que se generan en el motor por la combustión de la gasolina y el diésel, y funciona pasando el líquido refrigerante a través de aletas metálicas delgadas, que permiten que el calor fluya al exterior con mucha más facilidad. En esencia, un radiador enfría el refrigerante, que luego enfría el motor”. Las panas más comunes son: averías en el termos-

tato, fugas de líquido refrigerante, averías con la bomba de agua, obstrucciones del líquido refrigerante, ventilador dañado, todas las cuales el Rucio Rojel viene reparando desde hace sesenta y nueve años. Desde los seis años, si nos ceñimos estrictamente a sus dichos.

Alfredo Duhalde fue un abogado, banquero y político chileno, miembro del Partido Radical, nacido en Río Bueno; fue además diputado, senador, dos veces ministro de Defensa Nacional, ministro del Interior y vicepresidente de la República en el gobierno de Juan Antonio Ríos Morales y, por si fuera poco, candidato a la presidencia de la República (pero quedó con cola, ya que fue derrotado por Gabriel González Videla). También fue un terrateniente que vivía la mayor parte del tiempo en el campo, cerca de Río Bueno. Este hombre fue importante en la vida del pequeño Rojel, uno de los doce hijos de Jacinto, que vivían pobremente en una mediagua construida en los terrenos baldíos que existían donde hoy funciona el terminal de buses de Río Bueno. Un buen día al pequeño Rucio, de seis años, le cambió la vida, pero no por los títulos, pergaminos ni por el dinero del visitante, que llegó a caballo (del cual nunca se bajó) a la casa del gáster y hojalatero Jacinto, que no tenía la más remota idea de mecánica y que nunca había visto un radiador en su vida. Sino porque el político y dueño de fundo, traía en el interior de un saco, precisamente, el radiador de un tractor de su propiedad que estaba

en pana; y con aire autoritario de “patrón de fundo” le ordenó a Jacinto que se lo arreglara. Jacinto le explicó que no sabía qué demonios era eso ni para qué diantres servía. “No sé”, le dijo Duhalde, “ahora es tu problema”. Después le preguntó si por casualidad tenía chicha de manzana y Jacinto le dijo que sí, y fue al interior de la casa y volvió con un cacho lleno de chicha que el exvicepresidente de la República se zampó al seco. “Mañana vuelvo a buscar el radiador”, dijo y se marchó limpiándose la boca con el dorso de la mano. No nos detengamos en elucubraciones: Jacinto arregló el radiador sin saber qué era, porque era pobre pero ingenioso. Rojel chico, nuestro héroe, no se perdió detalle de todo este magno y curioso acontecimiento que fue decisivo en su vida. Después de sesenta y nueve años, Alfonso Rojel, recuerda con toda claridad que el latifundista fue muy generoso después de recibir su radiador reparado. Dice que al otro día les mandó de su fundo un coloso lleno de leña y otro con diez sacos de trigo para que hicieran harina. Sobre los sacos de trigo venían dos nuevos radiadores en mal estado de unos vecinos para que los reparara.

Así empezó esta historia. Pero resultó que fue el niño el que aprendió el oficio y se dedicó a realizar ese trabajo toda su vida. Fue un amor a primera vista.

Con el fruto de su esfuerzo construyó su casa y educó a sus tres hijos y es conocido en todas partes. Tiene diez nietos, uno de ellos

es Juaco, un niño rubio de doce años, que es su regalón y su posible sucesor. Él es su ayudante en los meses de verano, después que el “maestro Juaco” (así lo llama, con los ojos brillantes de orgullo) sale del colegio Santa Cruz donde estudia.

Antes de retirarme le pregunto, solo por interés estadístico, cuántos radiadores repara en un mes, y él me responde que entre ochenta y cien, ya que a su taller llegan clientes de todas partes. No lleva la cuenta exacta, pero cree que en un año repara aproximadamente unos 1.500 radiadores. Si multiplicamos esa cifra por sesenta y nueve, tendremos un total 103.500 radiadores reparados (contando el que reparó a los seis años). Dejémoslo en 100.000, por los días en que se pudo haber enfermado o cuando salía de vacaciones o cuando cantaba con su banda Los Extras en la segunda compañía de Bomberos. Como sea es una cantidad nada desdeñable.

Alfonso Rojel se declara satisfecho con su vida y agradecido por su oficio.

Y yo espero que tengamos al Rucio Rojel para rato, pero, sobre todo, me declaro afortunado por haberlo conocido.



El Comité Adulto Mayor Renaciendo, de la Comuna de Río Bueno, Región de Los Ríos, se fundó el 04 de diciembre de 2017. Actualmente le conforman veinte socios.

La directiva actual es conformada por: Myriam Rosa Ramírez Ulloa (presidenta), María Teresa Silva Solís (secretaria), Jaime Iván Gajardo Brandt (tesorero), Melania Olivares Pichicoy, María Judith Ríos Fuentes y María Margot Brandt Vera como directorio suplente.

Uno de sus objetivos fundamentales de la presente organización es interpretar y expresar los intereses y aspiraciones de las personas mayores y sus socios, contribuyendo en mejorar su calidad de vida desde múltiples perspectivas, promoviendo un sentido de comunidad y solidaridad entre sus miembros.

Por medio del presente proyecto, el Comité Adulto Mayor Renaciendo espera aportar a la comunidad local y regional un justo y necesario insumo escrito que releva y dignifica a diez personas mayores de Río Bueno por medio de sus haceres y saberes que forman parte de nuestro patrimonio inmaterial.



Región de Los Ríos  
GOBIERNO REGIONAL

"Proyecto financiado con subvención otorgada por el Gobierno Regional de los Ríos y el Consejo Regional de Los Ríos"